



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

63
1907

STANFORD
LIBRARIES

LIMA

Unos cuantos barrios * *

* * y unos cuantos tipos

(AL COMENZAR EL SIGLO XX)

—
POR

El *Tunante*

DIBUJOS DE RICARDO IZQUIERDO (RICHIARDI)



EDITOR: PEDRO BERRIO

—
LITOGRAFIA Y TIPOGRAFIA NACIONAL DE PEDRO BERRIO

Plateros de San Agustín No. 173

—
LIMA - 1907



LIMA

Unos cuantos barrios * *

* * y unos cuantos tipos

(AL COMENZAR EL SIGLO XX)

POR

El Tinante

Abelardo M. Sarmiento

DIBUJOS DE RICARDO IZQUIERDO (RICHIARDI)

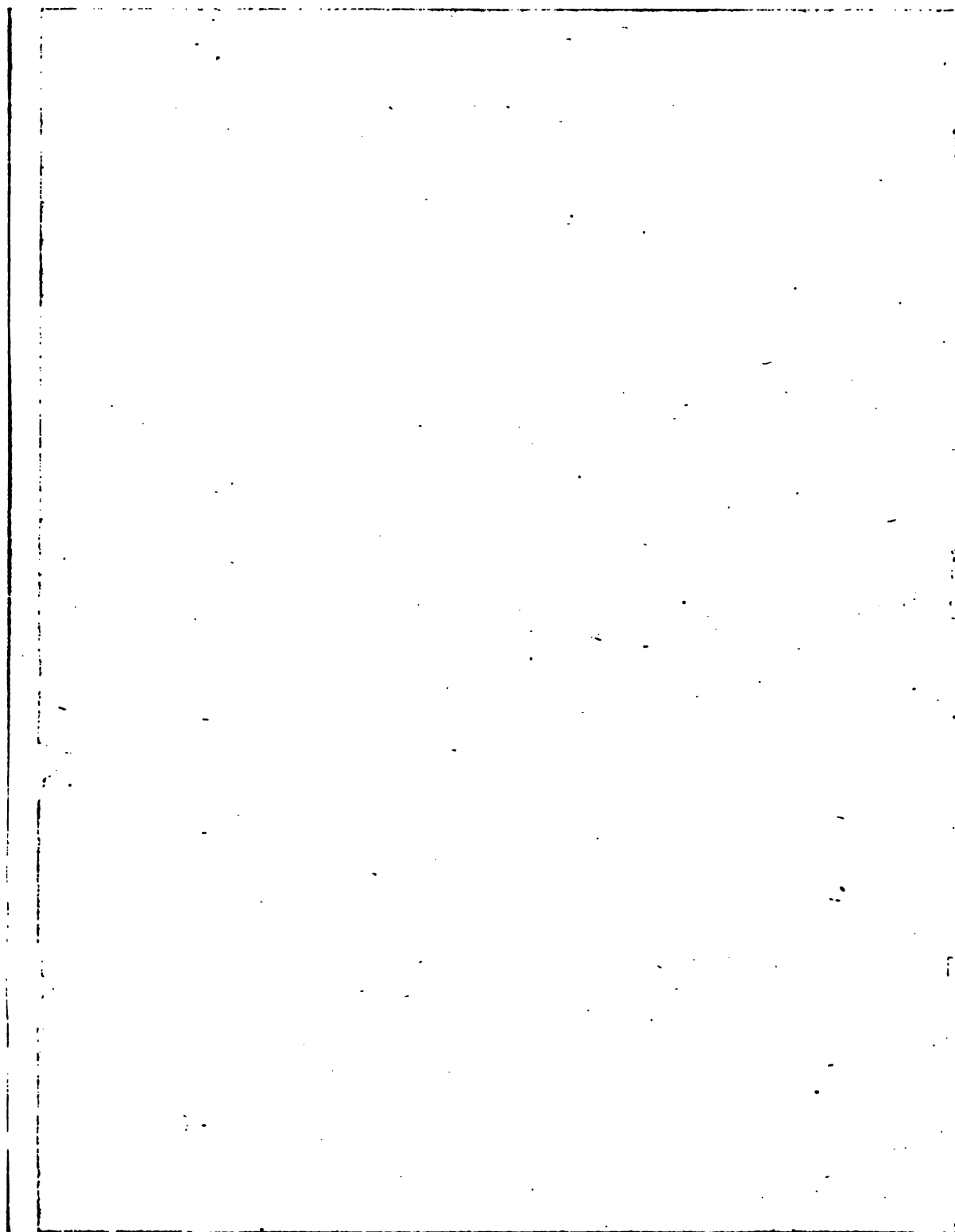


EDITOR: PEDRO BERRIO

LITOGRAFIA Y TIPOGRAFIA NACIONAL DE PEDRO BERRIO

Plateros de San Agustín No. 173

LIMA - 1907





Lima al vuelo

Del 18 de enero de 1535, día en que se fundó Lima, al 28 de julio de 1821, día en que se fundó la República, con ligeras variantes, Lima debió tener fisonomía inalterable, corte igual en sus edificios y estacionarismo en sus costumbres: flor de conservatorio, nacida bajo los cristales de España, su perfume ha debido ser el del incienso; y su desarrollo debió hacerse con aquella lentitud y pereza propias de nuestro carácter y raza.

Del 28 de julio de 1821, estremecimiento formidable de una nación que quiso serlo, al 2 de Mayo de 1866, segundo sacudón, para no dejar rastros de yugo, Lima había cambiado por completo de cara; y del 2 de Mayo de 1866 al 13 de Enero de 1881, todo hacía creer que la población nueva continuaría floreciendo, y que sus adelantos en todo orden harían olvidar el Lima antiguo, sepultándolo bajo un embellecimiento progresivo, como quedan las tumbas bajo los rosales, los jazmineros y las mutiflores; pero llegó el 13 de Enero, y Lima hizo alto en su embellecimiento y desarrollo.

Aunque en la época de Balta se le quitó su cinturón de adobes, esto es sus murallas, porque la población amenazaba desbordarse como río que sale de madre, no ha sido muy notable el ensanche, pues de entonces acá sólo hay barrios en perspectiva, barrios diseñados ó comenzados. Entre la ciudad vieja, como si dijéramos dentro las murallas, la población ha mejorado en el aspecto de sus edificios, desde que se expidió la orden relativa á balcones y ventadas voladas: van desapareciendo esos inmensos bañiles de madera que se llaman balcones y son sustituidos con elegantes antepechos; y la pintura de las paredes es reemplazada hoy día con el estuco, el mármol y el granito.

El plano de la ciudad conserva su figura de corazón y al mirarle sobre el papel, con el Rimac hacia su parte superior, parece, en efecto, un corazón de flores, sujeto á una cinta de plata.

Se ha ensanchado tan poco Lima, que no se puede decir que fuera del Parque Colón y la avenida de la Colmena haya una calle nueva. Nuevos son los nombres de sus jirones; pero sus calles son las mismas, y tan poco se ha adelantado en este punto, que nadie dá razón de calle alguna designándola con su nombre moderno, todos sabemos, entre tanto, el abecedario de los nombres antiguos: Acequia Alta, Aflijidos, Barbones, Barraganes, Caballos, Come cebo, Chivato, Descalzas, Divorciadas, Esplana, Estudios, Faltriqueradel Diablo, Gallinacito, Higueras, Ibarrola, Judíos, Lechugal, Matasiete, Naranjos, Orejuelas, Pericotes, Quemado, Rifa, Salud, Trapitos, Urrutia, Virreyna, Yaparió, Zavala, etc.

Contados son los lugares donde puede dirigirse el viajero. En día y medio lo tendrá visto todo. Hé aquí sus monumentos más notables: la Penitenciaría; el Palacio de la Exposición, próximo á desaparecer; la Alameda de los Descalzos; la columna del 2 de Mayo, el hospital del mismo nombre; el observatorio metereológico; la estatua ecuestre de Bolívar; la de Colón; el Cementerio General y Bolognesi.

La fisonomía de Lima es sumamente original y sus tipos varían según sus barrios. En el centro, cuyo radio es pequeño, se halla la clase acomodada; el público que se quiere extrangerizar, el que fomenta los conciertos, las tertulias, los bailes de fantasía, las veladas; es el público de los coches particulares, son los parroquianos de Bates Stoks, de madama La Roche, Pigmalion, Broggi, Klein, etc.

Este público tiende á esparcirse hacia el Sur y el Oeste. El Cuartel primero, y parte del segundo y cuarto, son barrios enteros de ese público, que forma la moda.

Parte del cuartel segundo y tercero, tienen otro aspecto. No hay sino tomar el tranvía que va por el Capón, y desde que se *tuerce á Siete Geringas*, se nota cambio radical en tipos y edificios: las casas son del antiguo Lima, los almacenes raros, las tiendas de vendimia multiplicadas; por allí está el comercio al menudeo, por allí no hay teatros, ni circos, los espectáculos se reducen á la cancha de gallos de la Huaquilla, los títeres, que de vez en cuando hay en la misma calle, ó en algún solar desmantelado; la maroma y juegos acrobáticos de la "Estrella Blanca", (sea compañía nacional, y las corridas de toros en Cocharcas ó Barbones, con motivo de alguna fiesta.

En esa parte de Lima está el Cercado, que merece capítulo especial.

El cuartel quinto, ó sea Abajo del Puente, tiene idéntica fisonomía que el tercero, y también merece artículo separado.

Vamos á las particularidades de algunas de las calles de Lima: Espaderos, Mercaderes, Bodegonos, Plateros, los portales, son notables por el lujo de sus almacenes. Anacronismo entre esos lugares, en el corazón de la ciudad, es el callejón de Petateros, pasadizo lleno de fondines de chinos, de tiendecitas y chiche-

rías, desaseado, ruinoso, callejuela de pueblo, adefecio acurruca-
do entre las sedas del Portal de Botoneros y los artículos de fan-
tasía de los almacenes de Harth, en Plateros de San Pedro.

La calle de las Mantas, es calle de bebederos, del 81 á esta fe-
cha.

La del Arzobispo, calle de lozerías y ferreterías, calle de crista-
les.

La de Palacio, de cambistas y relojeros.

La de Polvos Azules, calle baúl, calle colchón, allí se fabri-
can.

La del Rastro, de cueros y zapatos.

La de las Manteras de jergones, cordellates, castillas, etc.

La del Chivato y Borricos, calle de la *cumbianga*, calle cuer-
da, jaleo, guasaquí, flor de anís, zarandeo, calle de pianitos am-
bulantes.

La del Capón, opio, chinos mantequeros, chicharroneros y en-
cebados, calle mecha.

La Barranquita y la calle de la Puerta de la Luna de Acho,
calle de tendejones, en los que hay pequeñas cocinerías criollas,
calle del rachi-rachi.

La del Correo Viejo, puede llamarse de escribanos, allí residen
los notarios, calle legajos.

La del Palacio de Justicia, de abogados y papel sellado, calle
pleitos.

Desearíamos que hubiese una calle de buenas mozas; pero es-
tas se encuentran esparcidas por todo Lima, debiendo anotar
una particularidad. La gracia limeña, los buenos ojos y el dimi-
nuto pie, se están haciendo raros; y respecto al tipo, puede afir-
marse que la diafanidad de las limeñas va desapareciendo; hoy
la mujer hermosa va sustituyendo á la mujer linda; lo arrogan-
te á lo gentil, lo gallardo á lo espiritual, lo robusto á lo delicado.
Con el cruzamiento de razas, la vida menos muelle, el mayor ejer-
cicio en el baile y en los paseos, se está modificando lo aéreo, va-
poroso y flexible; del romanticismo melífluo hemos pasado á lo
real sustancioso; el color pálido y los nervios no son hoy cosa de
moda, y si antes se echaban coloretos y se daban mano de gato
para presentarse encarnadas, hoy bastan los polvos de violeta
para refrescar la cutis, que disputa su color y frescura al clavel,
la camelia y la rosa.

Así también el tipo del limeño antiguo ha desaparecido casi
por completo: la juventud es mas despierta, no necesita del negri-
to para que lo lleve al colegio; mataperrea á su sabor, juega foot
ball, boga, bicicletea, y cuando es un poco crecida, monta ca-
ballos de carrera y tira al blanco.

No hay mazamorrerías sino para gente del pueblo, y la leche
vinagre, el sanguito de ñajú, la ensalada de frutas, el champús y
hasta el chocolate, han cedido el campo al churrasco, el *rosbí*, la
cerveza y el vino.

La Manta

La manta se despide, se va, como ya se ha ido la capa; terminará durante el Gobierno del primer mandatario que dé forma á la inmigración.

La manta es para la señora, lo que ha sido la capa para el hombre: abrigo y traje, para ocultar lo bueno y disimular lo defectuoso.

Si es cierto, como dice Chateaubriand, que no hay cosa más dulce, mas grande, ni más bella que las cosas misteriosas, la manta ha sido del número de aquellas cosas.

Los cabellos, la garganta, los brazos, la cintura, los cubría la manta, dejando al prójimo en ayunas: si será rubia, si tendrá seno, cómo andará la cinturita? preguntas eran estas sin respuesta delante de la manta:

Con manta una limeña,
tiene dos caras:
Una que dá á las gentes
y otra á quien ama.

No se puede disputar, bajo el aspecto de la moda, sobre si es mejor la manta que el sombrero ó la gorra: la moda no es otra cosa que el visto bueno que el público suele poner á lo que se le antoja.

Supongamos que le gusta á U. dos muchachas, una de sombrero y otra de manta, que está U. solo y que vienen á visitarlo la una en pos de la otra.....

La primera se quitará el sombrero y salvo la forma de la cabeza, U. no tiene más que ver; pero la otra.

Comience U. porque no quiere quitarse la manta y tiene U. que librar batalla para conseguirlo.

Primera tentación.

Al fin cede y se pone de pie, y para desprenderse los alfileres levanta las dos manos y alarga los brazos con aquella gracia y encanto de la figura que han hecho colocar en el patio del correo ó mejor aun como la que existe en el vestíbulo del Club de la Unión.

Esa sola actitud es todo un cuadro. porque de golpe le presenta á U. las delicadas curvas del brazo y las caderas: un zic zac tentador.

Y se bajó la manta.

Bajarse la manta es simplemente dejar descubierta la cabeza y arrebujaarla en la parte superior sobre los hombros.

Segunda tentación.



Limeña con manta

Usted ve nada más que esa frente y esos cabellos, que probablemente, en dos trenzas serán sacados fuera de la manta y echados á la espalda, con aquella desenvoltura de quien arroja red para pescar anchovas.

Usted no avanza más; pero insiste, y como ella sabe lo que vale la manta, puede ser que la deje caer hasta la cintura,

Tercera tentacion.

Ya tiene U. á Venus saliendo de las aguas, ó mejor dicho el medio cuerpo de la Sirena.

Allí están los hombros, la garganta y el seno á disposición de los ojos, esos hombros más lindos que los de aquella Marquiza de Balzac, y esa garganta que ha hecho cantar á nuestro pueblo.

Tienes una garganta
tan pura y bella,
Que hasta el agua que tomas
se ve por ella.

Allí está, y como la facinerosa sabe su cuento, quizá si se presentará escotada, en cuyo caso también los brazos contorneados y de piel tersa, trozos de porcelana, lo acabarán á U. de volver loco.

Pero U. sigue porfiando y ella sonríe y ella lo mira, adivinando dónde va U. á parar, y en sus ojos de amor comprende U. la última complacencia.

Se levanta, recoge la manta con la desenvoltura con que un buen capeador arrebuja su trapo para hacer un recorte y le dice: vamos, ya estoy, "y el que quiere tomar cosa buena....."

Cuarta tentación.

El talle.

Ya está de pie; sin manta; es decir á telón corrido.

Esta es la manta vista del lado más simpático, bajo el verdadero punto de vista, bajo el objeto para que fué inventada.

Ahora diré que la manta tiene muchas aplicaciones: bajo la manta va tu pobre mujer ó tu suegra á la pulpería y hace cualquier comprita, sin que las gentes sepan que sólo te desayunas con pescado ó que tomas tu copita de amargo.

La manta abriga, la manta es honesta, la manta ahorra, la manta guarda para su oportunidad los encantos de las bonitas y evita el desagrado de ofrecer al desnudo los defectos de las fersuchcas. Si en el siglo XI hubiera habido manta, Abelardo habría pedido que lo sepultaran envuelto en la manta de Eloísa; es decir, que hasta la tumba puede U. pedir que le acompañe aquella prenda, mudo testigo de los íntimos goces del hogar; vea U. si puede pedir que lo entierren con el sombrero de la señora ó figúrese U. un muerto con gorra de cintajos.....

Lo que quiere decir que la manta sirve para esta vida y para la otra:

Si es que muero en tus brazos,
como lo espero,
Tápame con tu manta,
dándome un beso.

Amén, para que parezca oración.

Bebederos

En las calles centrales y en los lugares más visibles, las chupaderas ostentan sus baterías de botijas y de botellas, como diciendo al extranjero: esta no es la Ciudad de los Reyes, sino la ciudad de los aficionados.

Antes, á la entrada de las pulperías se freía buñuelos y se vendía chancaquitas; hoy no hay establecimiento de ese género que no tenga cerca del mostrador un recoveco para émpinar el codo; antes, sólo á las boticas se concurría para buscar remedios; hoy las más elegantes adornan sus mostradores con aparatos de bebidas alcohólicas.

Al paso que vamos, va á llegar el día en que se bautize á los chicos con aguardiente.

Por todas partes no se ve otros letreros que: "*vinos y licores*, puro de Ica, Macacona, Moquegua, Pisco, Puruchuca, la Huaca" etc., etc. Y en las calles las carretas que más trafican son las que conducen barriles.

Hay bebederos díurnos y nocturnos, de media capa y de gran toga, de escondite y de pampa libre.

En los clubs, antes que la biblioteca es la cantina, y en las casas modernas, la bodega será probablemente la parte principal del edificio.

Léanse los partes de los Comisarios y se verá que el noventa por ciento es de borrachos; léase la memoria del Hospicio de Insanos y se hallará que la mitad de locos son alcohólicos; estúdiense el tanto por ciento de muertes repentinas, de afecciones al cora-

zón y de afecciones cerebrales, casi en la totalidad producidas por la bebida.

Y nada hay que detenga esta corriente de vicio, que cada día aumenta.

En los despachos mismos de licor puede estudiarse el espantoso desarrollo de la bebida: y las gentes no se contentan con una copita de regular tamaño, las copas de aguardiente se han estirado y parecen hijas mayores de las copas de agua.

Se bebe mucho y malo, porque los negociantes, no pudiendo abastecer el consumo con el caldo legítimo, lo aumentan con alteraciones é inventan mil brebajes con nombres caprichosos.

Antes del almuerzo tiene lugar la primera distribución (hablaremos en termino religioso). Los devotos se encuentran, se agrupan y se desgalgan en pos del "abre ganas". De diez á doce dura la ceremonia. A esa hora se hace alto á los bíteres para comenzar con los vinos.

De dos á tres otro repase: aquí entra Backus; y de cinco á siete jubileo, tres horas en todos los templos de Baco, con asistencia de todas las comunidades, cofradías y devotos sueltos.

Penetrar á las seis y media, hora de más fervor, á cualesquier capillita ardiente, es asistir á lo mejor de la fiesta.

Sólo la visita de estaciones en Semana Santa. puede compararse con el entrar y salir de los parroquianos de mostradores: qué chocoleo de cachitos y qué rodar de dados; qué zumbido de voces y hormiguero de gente; qué ruido de tapones y chisqueteadas de sifón!

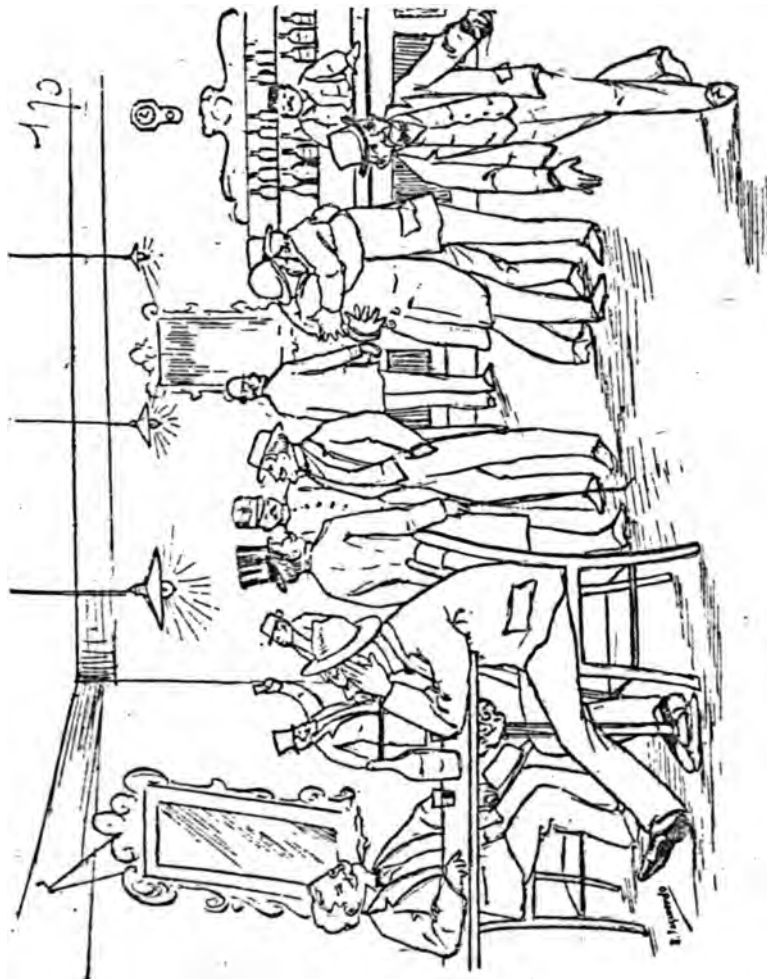
- Tres copteles,
 - Dos bitters.
 - Diez aguardientes con amargo.
 - Dos copas aquí.
 - Otras dos más.
 - Seis de vermut.
 - Cuatro cognacs.
 - Un oporto.
 - Doce de moscatel.
 - Una cascarilla, dos italia, siete locumba.
- La mar.

Tras el mostrador, á los dependientes, falta manos. Hay parroquianos que cuidan de servirse ellos mismos, otros que se sientan á beber dos, cuatro y cinco horas seguidas.

Los bebedores pueden clasificarse en bebedores á pié parado, bebedores de asiento firme y bebedores ambulantes ó caleteadores: los unos toman y se largan, los otros toman y no se mueven

hasta que el salón no está vacío; y los terceros toman y siguen de cantina en cantina vaciando sus bolcillos y los ajenos.

A las siete de la noche los bebederos medio escuetos, como los templos en que ha concluido la fiesta, solo ofrecen aquí y allá de-



votos que aún elevan sus oraciones hasta que el sacristán les notifica que va á cerrar la puerta. En los templos quedan el incienso y las flores regadas por el suelo, en los bebederos quedan el humo de los cigarrros y la saliva á charcos repugnantes.

Jovencitos, hombres, ancianos, padres de familia y de la patria, todos se mezclan y codean en esa feria permanente que constituye la chupadera en Lima.

- Cómo estás, cholo?
- Cómo te va, Fulano?
- Qué dice Ud. mi Jefe?
- Ud. qué gusta, mi coronel?
- Pida Ud., honorable
- T. S. mande
- S. P. tiene la palabra.

Justos y pecadores, todos se dan la mano y se saludan con la copa: casas de jabouero son todas las bodegas y ventas de licor.

Comamos y bebamos que mañana moriremos.

Síntesis de la Filosofía de la generación presente.

Don Flemón

Don Flemón, es un católico á su modo: practica la Religión por hábito, para él ciertas formas son el todo del culto: si oye dar la oración, se detiene, y, sin apartar los ojos del vecino que pasa, de la puerta que se abre, de la mujer que sale ó del prójimo que entra, se descubre y valbucea: "el ángel del Señor anunció á María." Si pasa por la puerta de un templo, se descubre también, aunque al mismo tiempo levante la cabeza para ver quien está en el balcón que tiene delante. A don Flemón le gusta ayudar á misa, llevar el estandarte en los días de procesiones y abrirse en cruz para significar su devoción. Siempre está visitando á este canónigo, á aquel Padre, como quien no tiene otra cosa de que ocuparse. Por lo demás, don Flemón es buena caña de pescar; pero tiene tal suavidad, se insinúa tan dulcemente que parece que no pisa en el suelo.

En su casa pelea con su mujer como los demás pecadores y descuida la educación de sus hijos como los demás pecadores; gasta lujo como los demás pecadores y sólo se diferencia de los de-

más pecadores en que trabaja poco y vive mejor que todos los demás pecadores; es devoto de San Miguel y parece que lo que no consigue del santo lo consigue del de *adefajo*; el hecho es que pasa la gran vida; y como en el Perú la mitad se ocupa de política y



la otra mitad de lo mismo; él, que sólo se ocupa de su devoción, dice para sus adentros: "medio mundo se ríe del otro medio, y sólo yo me río del mundo entero".

Tiene tal modo de filtrarse y se sabe dar tales trazas, que desde el año 1801 la cofradía del Arcángel no tiene otro mayordo-

mo que el amable, el amabilísimo don Flemón: la dulzura con leva.

Si vieran ustedes el presupuesto que forma para la celebración de la fiesta!

Helo aquí

Diez arrobas de cera; doce varas de raso para la pollera de Arcángel; veinte varas de franja; cuarenta soles para hacerle dorar el escudo, platear la espada y esmaltar el turbante; veinte palra retocar á su diablo, ponerle un cuerno que le falta y arreglarle el rabo que se le ha descompuesto; cincuenta para hacerle esmaltar las alas; diez para que le muden peana; en una palabra doscientos para que lo pongan como nuevo; iten para lamparines, floreros, retablos, etc.

A juzgar por el presupuesto, don Flemón va á poner hecho una ascua al Arcángel; pero ¡quía! una vez que la hermandad ha entregado el bodoque, se le despierta tal espíritu de economía que vacila para convertir tanto caudal en una cosa que se puede arreglar de otra manera: lo medita, lo consulta en familia y recuerda que en casa sobró raso cuando la niña se hizo traje; que en vez de franja se podría poner un fleco del abrigo de la señora, discute las conveniencias de mejorar al diablo y comprende que en lugar de ponerle el cacho que le falta fuera mejor romperle el otro para hacerlo más feo, y en cuanto al rabo, hay más polémica de sobre mesa que discusión en el Congreso.

La señora dice que de donde viene eso de que el Demonio tenga rabo: don Flemón le replica que Demonio sin rabo, es como mujer sin traspontin; las niñas protestan y están porque al Diabolo se le deje *cutúlo*: se somete á votación el asunto y resulta el Diabolo como cuf en lugar de resultar como rata. Las niñas continúan con la palabra y proponen que se compren los floreros más lindos que haya; pero comprometiéndose ellas á vestir al Arcángel, ponen la condición de que pasada la fiesta los floreros vengan á casa. En ese caso dice la señora yo doy mis flores, que para iglesia están muy buenas, si me dan unos maceteros de esos que se están usando: Aceptado. Resulta que el pobre Diabolo es el que sale más mal parado, y que el Arcángel vá á hacer el papel de un pelon al que se vá á vestir con los resagos de la familia, y ya que todas y cada una de las de casa ván á resultar hermanas de la Cofradía del Arcángel, tú que harás? pregunta la señora al mayordomo, como quien dice: te dejamos sin parte, y él contesta echándose hácia atras: yo arreglaré la cera.

Este arreglo de la cera tiene tambien su economía, como que cada cera no ha de arder hasta no dejar mecha.

Distribuída así la parte financiera de la fiesta, cada cual cumple su palabra y si el Arcángel luce el razo que sobró de la pollera de la niña, esta luce el surá de la pollera del Arcángel; y si el fleco del abrigo de la señora cuelga del vestido de San Miguel, el importe de la franja cuelga de las orejas de la señora en forma de aretitos de última moda: todo es cuestión de colgadera; no lleva cola el Diablo; pero si la lleva el traje de la otra señorita, que con sus propias manos acaba de dejar mocho en la retaguardia á la imagen de Satanás: cola por cola.

Así es como por este bonito cambalache, que nada tiene de pecado, por su puesto, resulta armado el Arcángel y todos los diablitos de la casa de don Flemon:

Termina la fiesta, se gasta la cuarta parte de la cera y lo demás [“la cabería”] *venite adoremus*, vuelve á casa del cerero y se convierte en soles redondos no para el bolsillo del mayordomo ¡Dios nos libre y nos favorezca! sino para aplicarlo con aprobación general á un merendón con todos los hermanos de la “cabería”, queremos decir de la Cofradía, terminada la cual se practican las elecciones y vuelve á salir relecto por las 1899 veces nuestro don Flemon [“la cabería”] el más gallazo de los mayordomos, y sea dicho en honor de los que lo fuesen: la excepción de la regla.

Amancaes

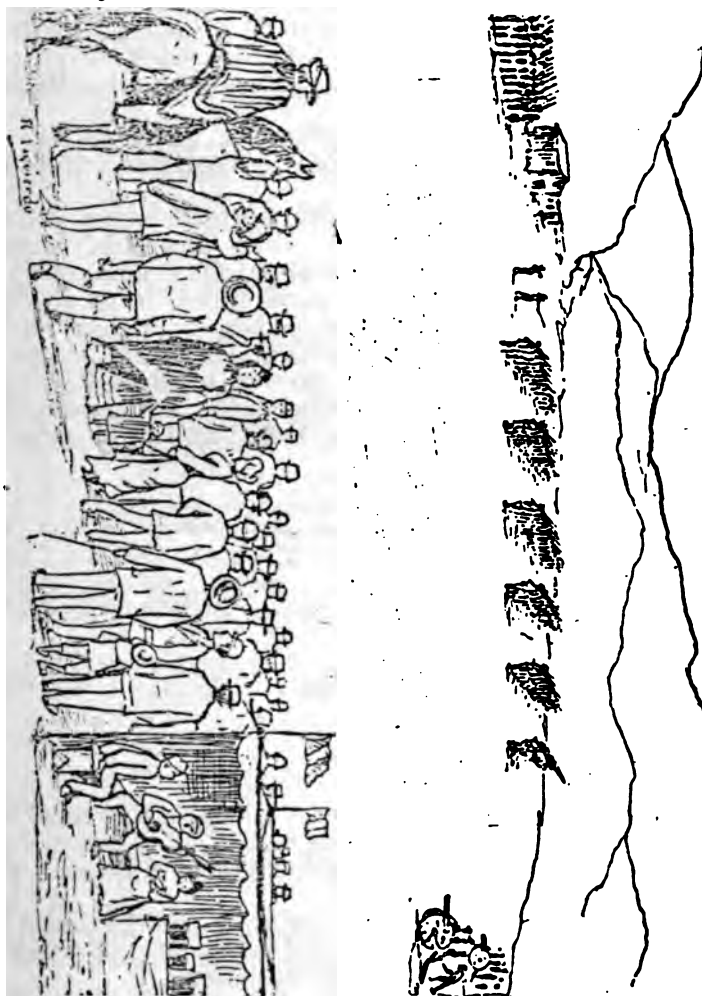
Ignoro si nuestros viejos simulacros conducirían ó no al mejoramiento del ejército, me parece que sí, y lo único que sé decir es que aquello era una de las buenas costumbres de Lima y una de las mejores costumbres del ejército.

La aureola de las tropas de 1824 todavía se reflejaba en los ejércitos, antes de la guerra de 1879. Después de esa maldita guerra, se nos ha quitado hasta la manera de andar.

El tipo del viejo militar: alto de cuerpo, musculoso, fornido; de plantaje encuadrado, bigotes coposos y voz de trueno, ha desaparecido, y si queda alguno, es como muestra.

Aquel kepi alevoso, á lo General Cáceres, aquellas botas de retumbar beredas, ese maciso, fuerte y feo á lo General Paez, solo se vé ya en las láminas de la Historia: nuestros militares se han apaisanado: hoy andan desgarrados y sin marcialidad, son

militares de salón, parece que llevarán en lugar de las granaderas, zapatitos de rostro bajo, y con el guantecito de espanta moscas se avienen las demás prendas de estilo contemporáneo, salvas honrosas escepciones.



Quando se amaba la carrera, cuando el ejército y el pueblo fraternizaban, había simulacros: era aquello como una fiesta popular, más que una fiesta: un espectáculo nacional.

La pampa de Amancaes se convertía el 24 de Junio, en verdadero campamento: toldos de campaña para las familias, carpas aquí y allá se alzaban, como casitas blancas enarbolando sus

banderas peruanas, y en los recovecos de la pampa, infinitas vendimiadoras ponían sus cantinas, improvisando así un caserío pintoresco.

En las faldas de los cerros, al pié de los peñascos y sobre ellos, parvadas de muchachos y de gentes del pueblo, se apostaban para gozar del espectáculo; y aquí y allá rodaban coches descubiertos, mucho mejor que en los llamados hoy corzos de flores, llevando lo mejor de Lima en ojos, cabelleras, rasos, joyas y terciopelos; todos los carruajes públicos y particulares, todos, sin quedar uno, rodaban por la pampa, adornadas las cabezadas de los troncos, con hermosos manojos de emancaes, y llevando más de una señorita rústicos ramilletes de florecitas de San Juan

Por entre los carruajes, á compentencia, cruzaban los jinetes y las jinetas, pues entonces las limeñas, señoras y señoritas, sabían cabalgar y lucir las ricas batas de finísimo paño y sentarse en bordadas monturas de lado, descansando el pié diminuto en el zapatón de plata piña afilegrinado en Ayacucho; y acompañaban á tan arrogantes amazonas viejos y jóvenes, hacendados, chacareros de gusto, jinetes en tordillos y zainos, lujosamente enjaezados, caracoleando y comiéndose la pampa con sus pasos llanos soberbios.

Hasta la raza de los caballos aún no había degenerado, abundaban, los de siete cuartas, que montaban los Villacampa, caballos y caballeros criollos floreaban desde las primeras horas de la tarde, antes de que la tropa comenzara sus ejercicios.

A las 2 de la tarde veíanse desplegar en dos cuerpos de ejército, 12 ó 15,000 hombres de las tres armas, simulando un combate, y los clarines de guerra y los tambores de órdenes, las bandas militares y las descargas de fusilería, retumbaban por aquellos cerros, por los que se veía cruzar, trepar, ir, venir, serpentear, al paso redoblado ó al trote, batallones de batallones; y en medio de aquel ruido animador y grato, se oía el ataque á la bayoneta ó á degüello y el entusiasta ataque de Uchumayo comunicaba al espectáculo arrebatadora animación; y el brillar de los sables, batir de las banderas, flotar de los plumajes, cascabelear de las espuelas, sumbar de las descargas, volar de los jinetes, trenzarse de los batallones y entremezclarse y confundirse de las caballerías, provocaba á soltar la rienda ó á lanzarse pié á tierra entre aquel simulacro de batalla, en que los estandartes nacionales, los viejos y pesados estandartes con sus escudos de oro y sus enchapados de plata, se veían defendidos cuerpo á cuerpo, palmo á palmo por varoniles abanderados, con sus guardias de honor, que en medio del atronador bullicio de la refriega simulada lanzaban á pulmón abierto sus vivas al Perú, que palpitaba en aquellos instantes en todos los corozanes.

Allí estaba la patria.

Era aquel como un baño nervioso, una corriente eléctrica,



Paseante de Amancas

que tonificaba todas las voluntades, que confundía en un solo corazón todos los corazones.

El toque de "alto al fuego" y de "no maten más" hacía terminar las maniobras, los cuerpos se replegaban sobre sus centros, desmontaba la caballería, poníanse los infantes en su lugar descansando, formaban pabellones con sus rifles y entraban en juego los rancheros, inter los jefes y oficiales se plegaban á sus centros de reunión de amigos para las comidas de campo.

Lima y sus suburbios, el Callao, Chorrillos, Barranco y Miraflores íntegros se vaciaban en Amancaes: era la pampa un mar de gente y el camino, desde la Alameda de los Descalzos, como una procesión de cuasimodo.

Hoy todo eso ha pasado: se acabaron los simulacros.

Amancaes es una pampa solitaria, cuando sus lomas reverdecen se ve por ellas una que otra vaca lechera, rapando su pastito; alguna vez suelen ir familias, por humorada, á pasar una tarde de golgorio: el polvo del camino no volverá á ensuciar los delicados guantes de nuestros oficiales; es la miseria y la ruina lo que en la actualidad abre el paseo; la alameda de los Descalzos, esa linda alameda digna de cualquier capital del mundo, pronto llegará á ser fierro viejo y sus blancas estátuas y grandes maceteros vendrán al suelo rotas por las pedradas de los cazadores de perros.

Por esa alameda desmantelada y solitaria, hoy no se vé cruzar sino la mendicidad, la holgazanería y el vicio, que concurren con sus latas y jarros viejos á recibir la comida de los Descalzos.

Los sauces, sin raumar, han amontonado en sus copas el enmarañado ramaje, como crecen y se enmarañan los cabellos en las cabezas de las indias desaseadas; bajo esas copas se extiende la humedad en manchas negras, y por allí se acuestan á dormir el sueño del abandono gentes ebrias ó desarrapados hijos de un estado social sin dirección.

Una que otra beatita silenciosa que va al convento á visitar al buen mozo Padre Cacho; algún carruaje particular de señora de alto copete, que permanece de sol á sol á la puerta de los Descalzos; los señores frailes que de dos en dos salen á hacer sus diligencias; y despues, el negro abotagado por el rón, la negra descuajeringada, el pobre muchachito degradado por la mendicidad á fortiori, grupos de estos seres acurrucados en las acequias, aguardando ó gruñéndose por el puchero cotidiano, hé aquí lo que anima ese cuadro de desolación y abandono.

Eso no vegeta siquiera, eso se abate, va como la muerte de los físicos acercándose poco á poco, avanzando, llegando y en los días de invierno caen tristemente por eso los copos de neblina por las alturas de Amancaes, y la garufla, á manera de llanto de vieja, humedece esa fisonomía desmedrada.

Malambo

Si Lima fuera lo que debiera ser: una ciudad floreciente y de acelerada expansión, una ciudad en la que aquí y allá, por este lado y por el otro, en todas partes, á todas horas, con tenacidad de obrero, con cuidado de artista, con solicitud de emprendedor, se viera la mano del edil: la calle de Malambo sería, dada su amplitud y buen trazo, una de las calles más hermosas y visitadas de la capital: se iría á pasear á Malambo, como se vá á un malecón; pero Lima, y especialmente Abajo del Puente, es una ciudad abandonada, sólo puede irse á Malambo por necesidad.

De nada sirve que aquella calle esté canalizada, desde que tiene como foco de inmundicia constante: 1.º Las acequias destinadas al riego de arboleda; 2.º Las que transversalmente pasan por entre las casas y por entre los callejones y huertas, acequias con frecuencia estancadas y convertidas en lodazales expuestos á la fermentación del Sol y vaporización fétida y microbiana: de allí salen bocanadas de pestilencia, tumbos de aire malsano: bajo de aquella atmósfera, como con la cabeza sepultada entre un escusado, respiran horas de horas centenares de pobladores.

Nada hay por esa calle digno de agradar: sus anchas veredas obligan á ir de uno en fondo por sus cintas de loza, pístas, como dijera un ciclista; lo demás es piedra menuda de la de media calle; sus arbolillos, como la *hüecrería* que se ve en todes partes, más altos y más bajos, más pelados y más torcidos, más gruesos y delgados, más ralos y más disparejos; y al pie de muchos el pericoteo de costumbre, los rezagos de papeles mugrientos, cáscaras, pitas, pedazos de botellas, etc., etc.

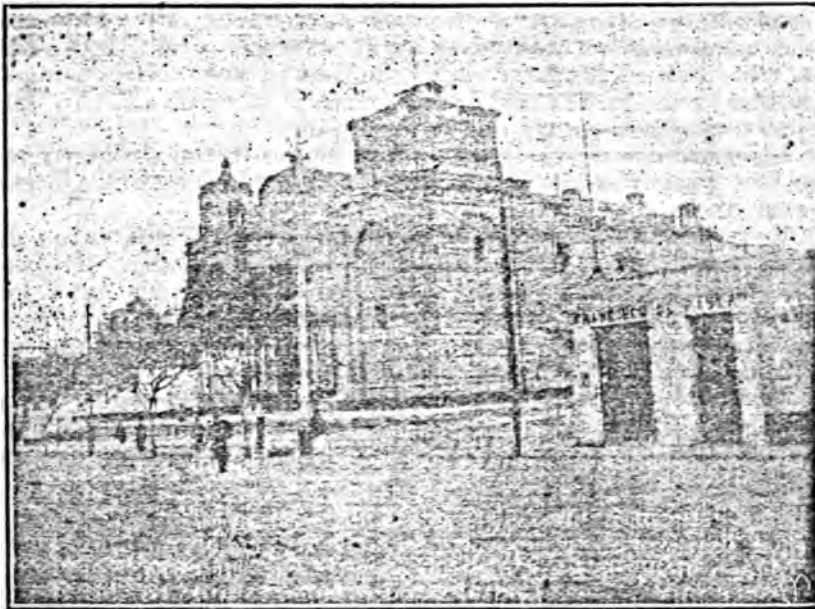
Los padres redentoristas son los únicos que se han acondicionado confortablemente á la entrada de dicha calle, pegados á San Francisco de Paula el nuévo.

Han comenzado por auyentar á todas las palomas que tenían sus nidos en los agujeros de las paredes de las torres: nada de agujeros, ni de palomas por arriba, el palomar y lo demás lo han establecido por abajo: no se ve ya en San Francisco de Paula aquellas bandadas de palomas de todos tamaños y de todos colores, desde el blanco purísimo hasta el cenizo tornasol, que revoloteaban sobre la media naranja del templo; hoy las que revolotean son bandadas de beatitas y gallardísimas confesadas, desde la gran señora vestida de gró, hasta la zambita, en traje de Lourdes ó carmelo.

La gente no va á oír cerca de San Francisco las retretas de la banda de los gendarmes, hoy el Padre Lobato es el que deleita

los oídos de los devotos, que, en perenne jubileo, por poco no llevan sus camas á la iglesia.

Los redentoristas están á sus anchas, viviendo una vida cómoda y confortable: establecidos al principio de la calle, ya tienen puesto el pie al fin, pues, San Francisco de Paula el viejo, la



San Francisco de Paula, el nuevo

iglesia feusca, casi al terminar tiene por capellán á un redentorista que acabará por comprar las huertas adyacentes para levantar otro convento.

Son los únicos que prosperan: por lo demás las fábricas de alguna importancia ya no existen: el suntuoso molino de Serdio es la sombra de lo que fué.

Malambo es la calle de los callejones, por allí se vé todavía el tipo del callejón de Lima.

¿Y qué cosa es un callejón? preguntará el lector de fuera.

Un callejón, en primer lugar es un fundo, que pertenece á algún rico, al que poco le importa que el diablo se lleve á los que en él habitan.

“Tiene muchos callejones” se dice para dar á entender que una persona es gran propietario.

“Ya tiene su callejoncito”, se dice para dar á entender que un empleado ha rebuscado tanto que hasta es dueño de finca.

Tener callejón, es tener renta segura.

Supongamos una extensión de media cuadra de largo ó de una, y en esa extensión tracemos en el centro, una calle de dos varas de ancho; á derecha é izquierda de esa calle levantemos cuartuchos de tres á cuatro varas, tras esos cuartuchos coloquemos un corralito de igual tamaño y en comunicación con el cuartucho; ese corralito techémoslo hasta la mitad y bajo ese techo coloquemos un fogoncito en un extremo y en otro un batán; blanquemos corral y cuarto, ambos en suelo vivo, pongámosle un candado á la puerta del cuarto y tendremos así 15, 20, 30, 40 ó más cuartos de nuestro callejón.

En el primer cuarto alojemos á la mujer de un zapatero remendon, y tendremos á la portera: el primer breque para ajustar al vecindario.

En el fondo del callejón, al finalizar la calle de dos varas de ancho, colocaremos un caño de agua con su botadero bajo del caño, con un chorrito ridículo para que de allí saquen agua los quinientos ó más habitantes del callejón para beber, para cocinar, para lavarse y para lavar; pues en el callejón tienen que vivir lo menos dos ó tres lavanderas de profesión.

En aquel botadero deben también hacer sus descargas, día y noche, las quinientas y más personas de nuestro callejón: allí lavan sus platos, sus ollas, sus valdes de agua puerca y demás pestilencias innombrables.



Cerca de este caño, en la pared fronteriza á la puerta de calle, es decir en el fondo del callejón, como adminículo indispensable, construyamos un cuasi nicho, un medio altar, y dentro de él pintemos ó pongamos en bulto la imagen de algún santo ó una cruz misionera, con el gallo al pie, la oreja de Malco, la talega de Ju-

das, los clavos y el girón de la sábana santa, símbolos aquí de las talegas del dueño del callejón, que antes se dejaría cortar una oreja que permitir que un infeliz le deba más del día cumplido.

Sea San Borondón el santo de nuestro callejón, que será conocido con ese nombre: el callejón de San Borondón, rótulo que colocaremos sobre la puerta de la calle.

Cuando llega la fiesta de este santo, la portera hace cabeza y levanta una suscripción entre toda la vecindad, con cuya erogación se compra cohetes, velas y papel de colores.

El papel se corta en tiras y con esas tiras se hace eslabones y se cuelgan esas cadenas, de pared á pared, en todo el callejón, intercalando banderitas y quitasueños, que son colgajos de papel con vidrios pegados en los papeles, vidrios que al chocar unos con otros, mecidos por el viento, hacen bulla á manera de casca- beles.

El resto de la erogación se emplea en pisco, mucho pisco y muchos cohetes, como en las elecciones, todo para rezar la novena del santo y pegarse nueve medias monas y una mora de marca mayor el día de la fiesta, con pianito ambulante, ó guitarra y cajón:

“Allá va la bala
por los callejones”.....

Hemos olvidado decir que en cada cuarto habita una familia: abuelita, suegra; marido y mujer, hijos de mayor á menor, uno de pechos, otro gateando, otro comenzando á pararse y cinco ó seis mataperritos voraces, jugadores de bolas y trompiadores como diablos, el perrito, el gallo, dos ó tres gallinas, seis cuyes y un morrongo, todo en la más completa armonía.

¡Qué vida la vida íntima de aquellos seres! A veces un hijo con viruela, otro con sarampión, el tercero con fiebre, la mujer tísica y el marido borracho; quejidos, llantos, blasfemias; el día húmedo, el caño sin agua, sólo un ser impasible, entre el fogón, durmiendo como un muerto: el gato esqueletizado y friolento.

Cuando no es la desgracia de puertas adentro, es el escándalo de puertas afuera: la portera que se dice vela verde con la inquilina; la comadre que se agarra con la comadre; ó los muchachos que se aporrean hasta que se cansan.

Algunos callejones no son en forma de calle sino que se bifurcan á derecha é izquierda, formando varias callejuelas, y algunos de ellos tienen en el centro un pampon que sirve para tender ropa. Allí las lavanderas conversan la vida y milagros de las señoritas.

Cuando el callejón es extenso y se bifurca interiormente se le llama solar: hay solares habitados por todo un pueblo, y por entre los que pasan grandes acequias, y para comodidad del vecindario las pulperías abren puertas falsas para la venta; y los hay también tan grandes que tienen sus pulperías dentro.

Si la calle de Malambo es la calle de los callejones, júzguese de lo mucho que tendrá necesidad esa calle de ser cuidada al presente y júzguese de lo que está llamada á ser en el porvenir.

Esa gran calle deberá prolongarse, á nivel igual, hasta más allá de la portada de Guía; y, rompiendo casas, desde San Francisco, por San Lázaro, hasta el costado del molino del Paseo de Aguas, hasta San Cristoval.

Eso después de la próxima guerra con Chile, porque sin otro sacudón no nos hemos de componer.

Estamos muy curtidos.

“Nuestra Señora de las Calamidades”

(*Sociedad de auxilios mutuos*)

El objeto de esta sociedad se reduce á socorrer al que cae enfermo y á sepultar al que se muere.

Para llenar estos dos objetos, la sociedad tiene una reglamentación con más formalidades y artículos que el Código de enjuiciamientos Civil; y un personal directivo lleno de Fiscales, Vocales, Adjuntos, Tesoreros, Secretarios y Pro-secretarios. Por poco todos no son cargos en esta sociedad.

Los socios pueden clasificarse en mandantes, aguantantes, cotizantes y mendicantes: mandantes, los que dirigen la hatuta, que por lo general son dos ó tres compadres que se pasan la con torcha de los cargos mayores, de manera que cuando no es el compadre A, el que lleva la dirección, es el compadre B: compadres que se entienden á las mil maravillas en la distribución de fondos y que hacen y deshacen de “Nuestra Señora de las calamidades”.

Aguantantes, son los que siempre están en habia de lo que pasa en la sociedad.

Cotizantes, los que no dejan de pagar religiosamente su cuota; los que contribuyen á los gastos ordinarios y extraordinarios, colgando á la cabecera de su cama, mes á mes, los recibos.

Y mendicantes pueden llamarse también á estos mismos, que, por lo general, cuando llega la de apretar se encuentran sin auxilio ninguno y tienen que apelar á la caridad del vecindario.

¡Qué discusiones! y que prácticas las de estas sociedades.

Por todo y para todo se discute y forma peloterías, no arribándose jamás á cosa buena.

—Señor Presidente, hace noches que en el salón viene haciendo falta una vela: yo la pedí en la penúltima sesión, y hasta ahora, cabalmente, no se ha atendido mi pedido.

—Pido la palabra, inmediatamente, dice el Tesorero.

—Tiene el señor Tesorero la palabra.

—Señor Presidente, nadie más partidario, precisamente, de las velas que yo; pero ¿sabe el señor socio si se puede ó no comprar una vela?

—Sí señor, Presidente, cabalmente el Reglamento lo autoriza y recuerdo, precisamente, que cuando fue Fiscal, exactamente, el señor Candelejas había una vela más.

—El Reglamento no lo autoriza, y sería una arbitrariedad del señor Candelejas su vela.

—Mi vela no, señor Presidente, replica con violencia Candelejas, protesto y digo que sería de la sociedad.

—De la sociedad no, justamente, por que la sociedad no tiene velas.

—Tiene, señor Presidente, y nada menos que no hace quince días que el señor Tesorero compró un cajón, el mismo que, valgan verdades, ya no lo veo, precisamente.

—Protesto, exclama el Tesorero, y pido, finalmente, que me vuelva mi honor el socio que acaba hablar, señor Presidente.

—Como no; cuando vuelva el cajón.

—Pido que se llame al orden al socio que habla, nuevamente.

—Al orden, señor socio.

—Estoy defendiendo los intereses de la sociedad, finalmente, porque soy el Fiscal, precisamente.

—Usted no es ningún Fiscal, cabalmente, porque no ha pagado usted más de veinte cotizaciones, seguidamente.

—Ni las pagaré, finalmente, para que nadie compre velas, lo digo terminantemente,

—Al orden, señor Presidente.

—Qué orden, ni qué bulla: ¡el cajón! finalmente, y no mecaliente.

—Ahora lo verá usted conmigo, si soy gente.

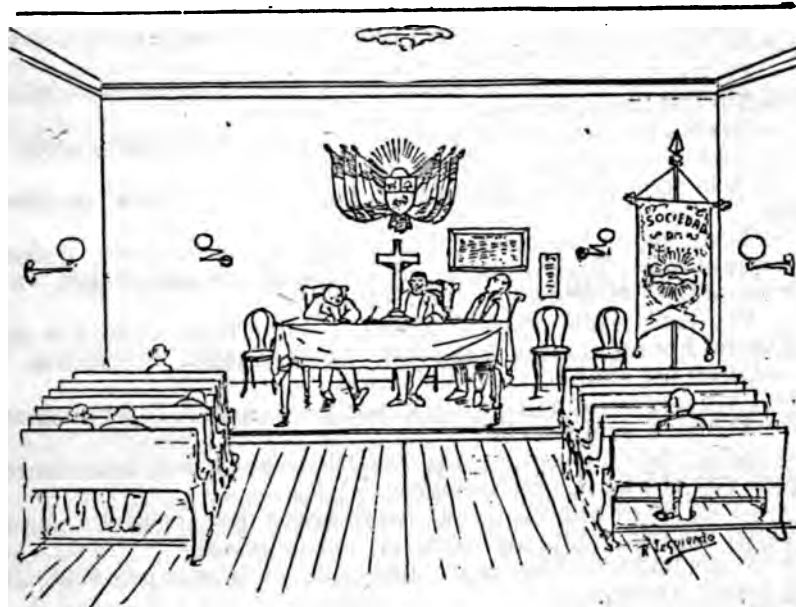
—¿Qué es esto, señores? [Poco falta para que me aviente.] Estoy cansado de ser prudente: me parece que estamos entre gente y antes que nada conviene ser decente.

Todos hablan y unos piden que se lea el Reglamento; otros que se imponga multa al impertinente; quien, que se levante la sesión y se termine, hasta que por fin alguno habla de "libertad, igualdad y fraternidad", tres palabras que no hay discusión en que no salgan á relucir; y después de larga perorata pide el aplazamiento del asunto de la vela y todos vuelven á su formalismo rutinario; es decir, á su candelero.

El señor Presidente, rodeado de los que constituyen la mesa frunse el seño y se pone más tieso, dando á la reunión aspecto inquisitorial.

Tras de su señoría, hay una gran imagen de la Virgen pintada como con ollin, patrona de la Sociedad; y delante y sobre la mesa, un gran Crucifijo.

El aspecto del saloncito es tétrito; escasa luz lo alumbrá y solo dá alguna vida al cuadro, un tremendo estandarte con inmensos letrones de oro, flecadura de plata y descomunales borlas de lo mismo, obsequio del padrino.



Esta sociedad ha hecho padrino de su estandarte á uno de tantos figurones políticos, lo que equivale á semi-pacto entre un par de compadres y el citado padrino, pacto por el cual el padrino afoja algo de mosca, y los compadres le trabajan la filigrana en los cambullones de partido.

Ese padrino ocupa á los compadres en las obritas que se le presentan en casa, se la da de benefactor y no es sino una tarasca que dispone de dos sabidos y de una cuerda de allegados de esos sabidos, porque á la larga hay conveniencias de mayor á menor.

Deaquí que la Sociedad ande como venidida á los magnantes, sin independencia personal y sin dignidad colectiva. Cofradía á la orden de poderosos, vive para que medren en su nombre, pagándose de que se dignen tomarla en cuenta; á trueque de pequeños favores la constituya en principal factor de la corrupción política.

Como si no hubiera más hombres en la corporación, año tras año se lee la siguiente letanía:

Presidente—Don Lanza número 1 [*reelecto*].

Vicepresidente—Don Lanza número 2 [*reelecto*].

Tesorero—Don Lanza número 3 [*reelecto*].

Secretario—Don Lanza número 4 [*reelecto*].

Prosecretario—Don Lanza número 5 [*reelecto*].

Y los mismos Lanzas se hacen reelegir y requete-reelegir, perdiéndose en la oscuridad de los tiempos el origen de su elección, y perpetuándose hasta la consumación de los siglos los mismos hombres con las mismas alforjas.

El Tajamar

Desde el pretil del viejísimo puente de piedra, me detengo á contemplar, como pintor de brocha gorda, el paisaje que presenta todo el girón del Tajamar.

Al pié mfo, y como si dijéramos en el primer plano del cuadro, corre rumoroso el manso Rímac; su blanca espuma resalta sobre el lecho verdoso de la ranfla cubierta de lama; gentes mayores y muchachos camaroneros, completamente en cueros, ó ligeramente cubiertos con pedazos de calzoncillos, formanremanzos y enlagunan las aguas para colocar sus aparatos de enea y dar pesca á los camarones; sus bronceados cuerpos recuerdan la raza primitiva, pero hacen ver también lo desmedrado de esa raza, sin vigorosa musculatura ni buena talla.

En segundo término vienen las dos casitas viejas, levantadas al extremo del puente; y el muro del río, que se extiende hasta más allá del otro puente, el de la Palma. (1) Las casitas parecen viejísimos armatostes y por su aspecto antediluviano, traen á la memoria el Lima del tiempo de Terralla. Contrasta esa vejés con la gran casa Concha, situada frente al Tajamar.

El primer balcón de los tres que tiene una de las casitas, descansa en puntales de madera, que debieron ser pintados en la época de Abascal; bajo de ese balcón, chorrea á manchas la inmunidia y hace alejar la vista; pero ¿para ver qué? A lo largo, y á trechos, pegados al muro, cónicos basurales, sobre los que, como riego adecuado, caen gruesos chorros de cañería, vaciando desperdicios; y allí, sobre aquellas pirámides de basuras, dignas de los Faraones que nos han gobernado, saltan y se arrebatan sus asquerosidades, partidas de gallinazos en festín permanente. Algunos de ellos, ya bastante engolosinados, hacen la digestión sobre el borde del muro, ó se amontonan sobre las lejanas ventanas teatinas, ó, ladeándose en caprichosas direcciones en el espacio, revolotean sobre aquella región paradisiaca.

(1) Han sido recientemente echadas abajo estas casitas; pero quedan sus rastros; y á lo largo del muro se ha puesto una alameda que convida á llorar.

Sobre el muro está la ancha esplanada y en ella, cerca de la casita de tres pisos, se vé constantemente una partida de mulas que aguardan comprador, y que tienen allí su corralón. Más allá, junto al puente color de alquitrán, hay un inmenso escusado de madera, y al extremo del Tajamar, como huaca, el viejo basural de cuatro ó seis generaciones.

Cerca de todas estas delicias se hallan la vereda y los edificios del Tajamar, en línea muy quebrada y que culebrea formando recodos y entradas y salidas, á las que caen callejuelas de á cuarta. El girón éste está lleno de tiendecitas, fondines y pequeños talleres, siendo características las llamadas tiendas cocinerías.

Una tienda-cocinería es algo muy especial que bien merece describirse: á la entrada sobre braceros de botijas, se vé cuatro ó cinco casuelas, con los siguientes potajes: papas con ají, color caña; charquican y caucau; en una lata, choclos sancochados; en otra casuela, cancha; á dos pasos de las casuelas, está la cortinita grasienta, tras la que deben sentarse los parroquianos, y allí por consiguiente los muebles: un pedazo de silleta; un medio cajón; alguna petaca de las que se acostumbra en la sierra; una que otra banquita temblecona y una mesa pequeña. La cama de la dueño del establecimiento figura algunas veces sobre el meñaje, cuando no se halla en el altillo ó cueva alta que tiene la tienda. De esta se pasa al corralito, que es idéntico al de los callejones.

Por supuesto que se carece de agua, así es que cuando la chacra de parientes ó allegados de la dueña, alguna Juanacha Tumbajulca, natural de Pelagatos, hace sus necesidades, todas son arrojadas, con el mayor desparpajo, á media calle; de manera que el suelo del Tajamar, es como la pared del muro, lleno de manchones de mugre.

En las tales tiendecitas no falta chicha y moscorroño, ni el charango de los paisanos; de modo que el zapateo suele estar á la orden del día:

“Bueno bueno bueno,
curriente curriente.
si eres de mi gusto,
marcharás di frente.”

Por lo general estos bailes se hacen de día: el pueblo se divierte á la clara luz del sol, el pueblo que trabaja y despilfarra.

En la noche los talleres y las tiendecitas se cierran: para que comiencen á funcionar otra clase de establecimientos; al charango sustituye el pianito ambulante; y á la gente de trabajo y alegre, la de cuerda y alevosa; entran en juego la truanería y las mujeres de mala vida. A la gente de cuerda sigue otra gente peor: la del juego ¡y qué infierno segundo es este!

Desde que comienza la noche, se hace sospechoso pasar por el Tajamar. Mal alumbrado, peor pavimentado, el tráfico por allí es

como si dijéramos sigiloso: las gentes honradas, que van ó vienen por sus ocupaciones, caminan como sombras, apuraditas, tropezando y sin volver la cara: parece que uno se encontrara á estramuros de la ciudad, pero no, el Tajamar dista apenas una cuadra de la casa de Gobierno y dos de la Municipalidad de Lima: está en las barbas de los Alcaldes y en las mismas narices de los Presidentes.

Como todo.

Los maridos en temporada

Comienza el calorillo y comienzan con él los planes de la señora y de las niñas para conseguir del papá, éstas, y del marido aquella, que las saque del sofocante clima de la capital.

—A Chorrillos, al Barranco, á Miraflores, la Magdalena, Ancón, la Punta; aunque sea á la Punta, dice doña Difuerzos á su esposo; aunque sea á la Punta, hijo, nos tienes que llevar. No hay remedio: estas muchachas necesitan bañarse y yo. ¡Ay! yo sobre todo; yo que tengo los nervios no sé cómo. Si este año no me baño, me muerdo.

—Pero, hija, ya véas como está el tiempo. No es posible, este año tendremos que aguantar el calor sin dejar Lima.

—¿Que cosa?—exclama la señora.

—Lo que es yó—dice una niña, encogiéndose de hombros—que me importa!

—Por mi parte, aunque me muera—añade otra.

El pobre marido se rasca la cabeza y resuelve emprender la marcha.

—Pero, vamos á cuentas dice, estoy pronto á llevarlas; pero es necesario que tengan presente que no es el tiempo de antes. En primer lugar, tomaremos un rancho mediano, no estamos para rancho con mirador, salones ni aleluyas; en segundo lugar, nada de trajes color trigo maduro, fresa machucada, loro febril ni adfecios de monja; nada tampoco de gorriones, ni de guaraguas con pájaros volando, mariposas en miniatura, ni flecos de cometa y quita sueño: sus trajecitos llanos; sus sombreritos que todavía estén buenos, y pare usted de contar; iten más, nada de estar yendo y viniendo á Lima á llevarme amiguitas y atorarme el aparador de conservas para cervecas cotidianas; luego su baño por la mañana, y santas pascuas; no vengan con sube y baja por monada, gastándome botines sin necesidad; y tú, Chepa, no me salgas tampoco con convititos y paseos á Surco y bailecitos, ni me anden trayendo á casa procesión de elegantos tertuliantes que me coman una costilla, que algo gastado estoy con tanto espectáculo que no han querido perder este año; Lima no está para

fau-faus, la pobreza es general y es preciso cambiar de sistema. Si quieren veranear con economía, estoy á la orden de ustedes; pero si me salen con la misma de siempre, no me nuevo, sépanlo, aunque revienten de un patatuz.

Diciendo esto el buen D. Fulano, coje su sombrero y á la calle.

La señora sonríe y las niñas comienzan á brincar.

—Oye, mamá, dice una; lo que es yo, no me quedo sin gorra, ya lo sabes.

—Lo que es yo, dice otra, no voy con el traje rosado aunque me maten: ya me lo he puesto varias veces.

—Y lo que es yo, sin botas caladas y sin otros tres pares de guantes no me nuevo,

—Ni yo tampoco puedo ir con la manta que tiene ya gastado el velo, agrega la señora.

—Tú lo arreglars, mamá, exclaman las tres.

—Yo? ¡Jesús! yo decirle á su padre nada?

—S, mamacita, tu sabes esas cosas.

—Yo no le digo una palabra, ya lo han oido.

—Bueno, si tú no quieres que nos baemos.....

—No es que no quiero, pero.....

—Pero! pero!.....

Las tres saltan al cuello de la señora, y esta dice:

—¡Qué muchachas! lo que quiere decir: ya est eso frito.

El marido entre tanto en la calle se encuentra con un amigo.

—Y, como v?

—Hombre, déjame que acabo de tener una molestia con la señora.

—Alguna indiscreción.

—N, hombre, quiere que le tome rancho en Chorrillos.

—Lo mismo que la mía.

—También tu, Rosa?

—Pues.

—Y, ya habrás accedido.

—Con una condición.

—Veamos.

—Que supriman el lujo.

—Y te lo han ofrecido?

—Por su puesto.

—Mire U. quienes!

—No lo crees?

—Mralas: all vienen y apostaría ciento contra uno á que van á sus compras, mira: acaban de soplarse al Bon March.

El infeliz D. Fulano se despide y corre al almacn, cuando llega cada una ha hecho separar red negra, fulard, tricot, etc., etc.

No hay remedio, comenzó la crucificacin.

D. Fulano molesto no v á comer á casa y se marcha donde el amigo.

La señora de éste sale á recibirlo.

—Qué es de Z?

—Acaba de salir.

—Quia! no come en casa?

—U. es de confianza, don Fulano, voy á decirle: está molesto,

—Algún incidente.

—Nada, que la familia quiere ir á veranear y se niega á llevarla: ya U. vé esa es una temeridad, si las niñas no estuviesen enfermas, si el médico no me hubiese á mi recetado baños de mar, si mamá que ya está achacosa, no necesitara tomar aires; si Josesito no necesitara también cambiar de temperamento; si yo no hubiese ya tomado el rancho; nada, nada, su amigo de U. se ha propuesto matarme á colerones, ni porque me vé tan enferma.....

—Pero si está U. gorda.

—Gorda! gorda! como que U. no sabe lo que una sufre; y el dolorcito que me ha parecido debajo de esta costilla, y los dolores de cabeza que no me dejan, y unas punzaditas en la boca del estómago, y una debilidad que apenas puedo andar, y un maldito dolor de brazos, y luego Mariita que no tiene ganas de comer y Juanita que está tan flaca, y Panchita que tiene un dolorcito en el pulmón que nos tiene con cuidado, y Felipita que desde ayer está con tos..... y Manuelita que no sé que tiene: es una temeridad la de su amigo.

En esto entra la modista y la señora la despide diciendo:

—¡Ay! Carmencita, hoy no estamos para nada, llévase U. ese raso, y el traje de Rosita y la sobre-pollera de Matilde, y mi traje, que mañana iremos á probar, compre los avalorios y los lazos y los botoncitos dorados, vea U. si le falta terciopelo para la chaquetilla, hoy no estoy para nada, mañana cuando vayamos, le llevaremos lo demás, hoy tengo la cabeza no se cómo, el amigo del señor tiene la culpa, (con reticencia dirigiéndose á don Fulano.)

Se despide la modista, seguida de un criado con sendos paquetes de lo más elegante y rico y entra un cargador con seis cajas y seis paquetes.

—Quién manda eso?

—El señor.

—Serán encomiendas, déjelas U. sobre la mesa.

A la novedad, salen Juanita, Manuelita y demás niñas, saludan y se lanzan sobre las cajas.

—¡Ay! mamá, mamacita, nuestras gorras! nuestros sombreros! nuestros guantes!

La señora con la mayor indiferencia hace como la que no escucha y componiéndose el moñito llama á la muchacha.

—Señorita?

—Traeme ese pomo de Agua Florida que tengo á la cabecera de mi cama.

Le traen el pomo y frotándose las sienes y aspirando, dice:

—Habrá sido algún aire, don Fulano.

—¿Le ha hecho bien el Agua Florida?

—Como con la mano, mire U. que cosa, y me ha tenido mortificada todo el día.

En seguida poniéndose de pié, vamos á ver agrega; ¿pero dónde está mi sombrero?

El marido abre la mampara y entra seguido de un muchacho que conduce una caja.

—Allí lo tiene U.

—Tan cándido! dice ella, y entornando los ojos ¡zas! se lo encasqueta para que vean las muchachas si le está bien.

Entre tanto, estrechándose las manos los amigos se dicen.

—Ay! amigo, esto de ser marido en temporada tiene muchos bemoles.

Ambos suspiran y como si sudaran, se pasan el pañuelo por la frente.

¡Pobre frente de los maridos!

Canta Gallo

De los barrios de Lima, hay unos más abandonados que otros, y lo que se llama Abajo del Puente es un deshecho de ciudad: Allí está el Lima viejo, no rejuvenecido por la mano cuidada de las autoridades locales, sino el Lima arrojado de un puntapié por ellas, arrumado, dejado como trasto sobre hacinamiento de basura.

Comencemos por Canta Gallo.

Por dos partes se llega á esa lonja de tierra, centro antiguo de los paseos de la gente de buen humor: por la alameda de Acho o por el puente de fierro.

La alameda de Acho, que se prolonga desde la calle de Salinas hasta la Piedra Liza, es el tipo de las alamedas de bejarano: por un lado se ve sus sauces potrosos, regados por sequiecitas de agua puerca, á cuyos bordes crece la grama amarga; sequiecitas que se desbordan aquí y allá formando charcos; y por otro, está la vieja tapia de ladrillo, despostillada á trechos y remendada de cualquier modo.

En la primera sección de la alameda, cerca del puente Balta, se ve, pintado de negro, como túmulo, el fétido escusado. Tal es uno de los caminos por donde puede uno ir á pasear á Canta Gallo; el otro hemos dicho que es el puente de fierro, ¡qué puente! Piso, baranda, faroles, todo es una desdicha; este es un puente de ciudad despoblada: es así como si los vendedores de fierros viejos se hubieran propuesto hacer un puente con cinchos de barriles

mohosos recogidos en muladares. Más valía y estaba mejor cuidado, como que lo cuidaba su dueño, el puente colgante de tablas, conocido por puente de Talavera;

“Al pasar por el puente
de la alameda
me cobró dos centavos
ño Talavera.”

Este puente de á dos centavos, estuvo siempre mejor cuidado que este almacón de fierro, despostillado, mugriento y en ruina galopante, por donde se va á Canta Gallo.

Canta Gallo es una lonja de tierra ribereña, algo así como unas cinco fanegadas en la orilla derecha del Rímac, entre el puente Balta y la garita de la Piedra Liza.

La parte silvestre de ese cuasi barrio está llena de pájaros bobos, piojo del diablo y uno que otro chilco; por allí se ve 17 á 20 casuchas, todas de caña malamente embarrada, cerca de las cuales crecen los floripondios, el álamo de la Carolina, unas cuantas matas de plátano y los sauces, tan propios del lugar; por allí siembran retacitos de maíz, yuca, hortaliza; y algunos de esos ranchos, tienen su parralito, más para dar sombra que para producir uvas.

Entre esa ranchería no ha vivido sino gente criolla; pero ahora se van posesionando, por la buena paga, los chinos, que á parte de sus sembríos especiales tienen una mantequería. Hay también un fabricante de canastas.

Sostienen la bandera de Cantagallo Chumpitáz, que es el que está á la entrada, natural de Chilca y, por su puesto, famoso en los chilcanos ó caldos refosilantes para los trasnochadores; Fonsaca, otro picantero de lujo, y la célebre Bartola, natural de Agnamiro, una china de buenas barbas. La Bartola ocupa el corazón de Canta Gallo, allí mismo donde el antiguo Monte Blanco pariente del torero, hacia raya con su famoso holán de hilo de cordón y rosa.

Al final de Canta Gallo está la antigua huerta de Leca, que aunque en ruina, tiene lo que podemos llamar un placercito bajo guayabos, nísperos y álamos, es una pequeña pampa cubierta de grama, mandada hacer como para una pachamanca; allí pueden las familias pasar un rato de solaz.

Este caserío ó ranchería de Cantagallo, podría ser lugar de recreo, sitio de paseos de campo, si no anduviera por allí el paludismo mantenido por el estancamiento de las aguas, la abundancia de los pequeños muladares y las sequiecitas que se deslizan perezosamente sobre fondo color de brea: el aire es pues mal saño y en las desdichadas criaturas que por allí se ve, se conoce los estragos de la inmundicia: chicuelos anémicos, pálidos y desmedrados, enfermizos y tristes, es lo que se halla con frecuencia; y después, grupos de mataperros enseñados en el juego.

Para la gente que trafica, hay en todo el trayecto vendimias con mesitas de noche buena: rachi-rachi, mollejas, chonchols, anticuchos, butifarras, caucáu y papas con ají; chichas de jora, de garbanzos y morada, y garrafas de pisco.

Al fin de Canta Gallo esta la Piedra Liza, restos del antiguo paseo, con sus baños de agua excelente pero muy poco frecuentados.

Todo aquello es el Lima antiguo, el Lima no que se transforma, que mejora y que avanza, sino el Lima que como los árboles añosos y sin absoluto riego, sin más que la garúa que les cae del cielo, se van secando, cubiertos del polvo del camino y manchadas sus ramas por los gallinazos ó lechuzas, únicos moradores del abandonado ramaje.

Canta Gallo es un recuerdo; los chinos lo harán canta macaco, una vez que concluyan por amontonarse allí cerca de esos fangales, como se amontonan las ratas y hacen sus madrigueras en las viejas asequias de Lima.

El cumpleaños de la beatita

Don José Faustino Casasola fué un viejo lleno de fincas y de comodidades; su señora, una buena mujer, con la que se conoció cuando era mercader ambulante y la que lo ayudó á trabajar, dando plata al diario, mientras él tenía lo que aquí se llama el negocio de contrabandos, en el que ganó mucha plata. Don Faustino y doña Tiburcia, doña Tibita, como la llamaban los amigos, tuvieron una hija, Mariquita, á la que engrieron hasta el punto de haber tenido de novios á Presidentes y Ministros de Estado.

“Que hoy se casa, que mañana se casa; que ya se casa con Fulano; que ya está de novia con Zutano; que don Campanillas la visita; que tiene muchos paseos con la familia X; que ya dice que han pedido el ajuar á Europa” tales las hablillas constantes de las gentes, y Mariquita va madurando: de los quince pasa á los veinte, llega á los veintey cinco, y la madurez de Mariquita coincide con los malos negocios de su padre; por fin quiebra éste y su fortuna se reduce á varios callejones y á una casa propia, que aparecen compradas en cabeza de la mujer: se dedican á vivir de sus rentas, aléjanse todos los Ministros, Presidentes y novios de importancia, el antiguo contrabandista comienza á hacerse hermano de varias coiradías, y con este motivo Misiá Tibita deja el moño y la pintura al óleo, se echa la manta sobre la cabeza y se vuelve devota de Nuestra Señora de Lourdes.

Mariquita, que ya ha llegado á los treinta, terminados los engrinientos de la primera edad, la coquetería y los disfuerzos que fomentaba su fortuna, se queda, como los santos de Arica, sin saber como reducida á una soltería que huele á punga. En esto,



fallece don Faustino, y con la muerte de don Faustino y la pérdida del último pleito, se van tambien los callejones, quedando reducidas á subsistir de la única renta que les produce la casita, en cuya reja convienen en vivir para alquilar el principal.

Es en esta estación es que Mariquita agarra con fuerza la santa Religión: viste habito, se ciñe la correa y se dedica á la práctica de las obras de misericordia, á su manera.

Aquí también se planta en materia de edad: parece que no tuviera más de 25, 28 ó 29: frescachona, madura; pero bien conservada, todavía da su gatazo; y en la puerta de las iglesias y á la salida de las procesiones, los mozos de buen gusto la miran de reojo, diciendo para sus adentros como los mineros de Hualgayoc: "achachay! quien pudiera! seguir esa estrella"..... y ella no se dá por notificada, aunque alguna emoción pecaminosa quede mal velada en sus ojos.

Son amigos de casa los canónigos más encopetados, los prebendados de mayor nombradía, no pocos monseñores i obispos de Gordonópolis y Buenavidópolis, la mar de monjas y de hermanas de caridad, y una cuerda de beatitas al menudeo y por mayor. También son amigas de Mariquita las señoras Fulanas y Menganas, ricas confesadas de los reverendos más en moda y devotas de San Expedito, señoras de las llamadas de copete, influencias decisivas en los más graves problemas del Estado y madrinas de empuje en los asuntos de Beneficencia, Municipalidad, etc., etc.

De aquí que Mariquita sea la mejor cuña para los mejores destinos.

El día de su santo, Mariquita oye misa á las cuatro de la mañana en los Descalzos, comulga á las siete en otra iglesia y vá á la misa de diez á Santo Domingo; permanece en el templo hasta las doce, limpiando el altar de Nuestra Señora del Rosario, renovando sus flores y recibiendo al paso, en voz baja, las felicitaciones de las amiguitas y el parabien de su padre de espíritu.

A las doce, rosagante y buenamozota, va por esas calles de Dios, luciendo el hábito nuevo y contoneándolo con gracia:

A las doce llega á casa la beatita y desde esa hora comienzan los regalos: llueven los azafates, las vandejas de plata, los canastos y los platitos de cristal.

¡Qué de dulces de pasta y de almívar! ¡Cuanta profusión de bizcochos y de tortitas! Briscados, deshilados, bordados, docenas de cajas de pañuelos y medias, olores, tarjeteros, reclinatorios, libros de misa nacarados, denarios, rosarios de concha de perla engastados en oro, filigranas, palomas encintadas, conejos de felpa, alfileteros, imágenes en marcos caprichosos, gallinas, huevos, frutas, y lluvia de tarjetas y de santitos con felicitación en el anverso, corazones inflamados, San Expeditos de marfil y alabastro, de pasta, de madera, turronecillos de alba, pastillas de dulce y de zahumerio: el famoso chupe de pasta, nadando en rica almívar, de la Encarnación: la fuente de frejoles de Jesús María; las ricas nueces del convento del Prado; el arroz con leche de Santa Clara.

Y negritos que entran y salen, y criados de casas grandes que

se tropiezan en la puerta de calle, y beatitas íntimas que han venido solo por no perder coma de los regalos.

Y recaditos expresivos, y bufanadas y frases espirituales.

—Dice el señor, que lo cumpla usted muy felices, que á la tarde vendrá á tomar la sopa.

—Dice la señorita, que usted dispense; que ya usted sabe.

—La señora me dijo que la encomiende usted á Dios.

—La niña Juanita dice, que apenas acabe la distribución vendrá, aunque sea un ratito.

—El Padre me encargó que le diera yo á usted un abrazo; y que le diga que está muy resentido, que solo usted faltó el día de la fiesta.

—La madre me dijo que le diga á usted que es su corazón y su vida, que el señor la conserve en su gracia, que no deje usted de llegarse mañana, que tiene que contarle muchas cosas: la pobrecita está muy afligida: ayer tuvo una con el Síndico que no sé como no reventó del colerón. Qué se ha de hacer!

La beatita abraza á esta morena vieja, palmea al criado en el hombro y abre y cierra el portamonedas, repartiendo pesetas y realitos á los conductores de los regalos.

—¡Tan buena!

—¡Tan buena moza! ¡Mi perla!

—¡Y esos ojos tan lindos!

—¡Bendito sea Dios, con las manitos!

La beatita, agitada por el ir y venir, efectivamente está hermosa; sus mejillas llenas de sangre y la alegría de su espíritu dan vida á su fisonomía, que de la palidez habitual de Santa Rita pasa al trigüeño sonrosado de la patrona de las Américas.

Las cómodas, las mesas, los sofás, hasta la cama se halla cubierta de regalos, que ha de encajonar bajo llave para á su vez agasarjar á medio Lima.

Y ella, así animada por la agitación y el vinilló dulce ó el riquísimo oportó que hubo tomado en el almuerzo, se sienta á la mesa, á las seis de la tarde, rodeada de canónigos y de grandes prelados; ella, á lado de su señora madre y teniendo á la derecha á su padre de espíritu y el más respetable de los del refectorio, á lado de dos amiguitas, que con los ojos bajos y la cabeza medio inclinada, no se atreven á mirar ni á derecha ni á izquierda.

La señora Tibita, es quien brinda, antes de la comida, el magnífico moscatel, siendo acompañada por todos los varones y por la genuflexión de las beatitas, á manera de Amén.

Viene la sopa teóloga, y tras este plato suculento, desfila lo mejor de la cocina limeña.

Después de la comida, la fruta y el café. Permanecen de sobremesa hablando del escándalo del matrimonio civil, de la proximidad del Congreso Católico, algo de política y al último, de la célebre puerta del Sagrario.

Aquí es donde ellas desatan la sinhuero.

—Pero ha visto usted adefecio?

—Los pobres santos parecen gallinas papujadas.

—Qué! si le digo á usted que me sirven de tentación.

Los canónigos se muerden la jeta; y alguno repite para disimular: con que gallinas papujadas.

—Qué! si la cabeza de los pobres santos, como toronjas medio peladas, sobre aquellos cuerpos masacotes, no sé lo que parecen.

Las beatitas, cubriéndose la boca con el pañuelito, disimulan la risa y las bufonadas continúan.

A las 11 se pone de pie el más anciano de los concurrentes y comienza la despedida, se renuevan las felicitaciones, y cada cual va á soñar en aquella bodita de Canáan, que desde hace tiempo se viene repitiendo, año tras año, con gran contentamiento de los piadosos comenzales.

Pepito el de las cuñas

Después de celebrar un pequeño consejo de familia entre doña Facunda y su marido, se resuelve, por unanimidad de votos, que Pepito entre de empleado.

—Ya tú ves, dice la señora, que no quiere estudiar: para dedicarlo al trabajo se necesita capital: yo de buena gana le pondría un almacén en Mercaderes: dependiente no puede ser, tú sabes que se levanta tarde, que el menor aire lo constipa: es muy delicado, y, por otra parte, eso de dependiente..., ¡qué dirían.... de no ser en un Banco ó en la Compañía de vapores.... Tú estas arriba, el compadre está arriba, Pedro es amigo de Juan y está arriba, Manuela no puede negarle nada á Chepa, su marido también está arriba, don Mariano nos visita y si hemos destinado á 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, que ya felizmente están arriba.....¿por qué no habíamos de destinar á Pepito? Es necesario que esté arriba. ¿No te parece?

—Claro está.

—Yo te digo, que si pudiera destinarme, de buena gana que lo haría; lo demás es candidez; si se puede mamar se mama, buenos sustos nos cuesta la jarana: cada vez que me acuerdo del día en que te tomaron y que casi á todos nos llevan.....tengo una cólera.....! y qué guapo estuvo el mocito aquél; pero, bien hecho que ya lo veo por allí todo arrancado; y el otro día que encontré á la mujer del cholo Z, casi me la como con los ojos: bien que tuvieron también ellos destinada á toda su chacra: hasta al cojo borracho de su suegro le hacían pasar revista no se dónde.

—Pero ya los tienes metidos otra vez tras de don Fulgencio.

- Cuando no: esos no pueden vivir sino del Presupuesto.
- Antes que me olvide: sabes que sería bueno destinar también á Perico.
- Pero si Perico es un sonso; y muy bruto.
- No importa.
- Pero si es muy inútil.
- Peor es que lo tengamos aquí comiéndonos una costilla.
- Ya se ve, aunque sea de meritorio.
- Qué meritorio: directamente, en propiedad.
- Pero primero hay que colocar á Pepito.
- Por supuesto.

Y Pepito sin saber leer ni escribir, por ser hijo de don Fulano, entra á ocupar la plaza número 19 de la familia. Por ser hijo de don Fulano.

¡Diez y nueve parientes á 60, 90 y 150 soles cada uno. Con la mayor frescura y fuera de buscas!

Todos están armados; tela nueva, mueblecitos cambiados, casa cambiada y hasta remosados ¡de facha: ellas con arrumacos y ellos alegres, bochadores y dueños de la situación. Quién lo hubiera dicho un año atrás!

Pepito en la oficina no hace absolutamente nada: charla, bufonea, habla de su papá y de su tío, de su primo y de los altos amigos de su casa, revelando secretos y planes, y proyectos, y nombramientos, y diciendo que esto se va hacer, que aquello no conviene, que Mengano va á salir de patitas, y que Perencejo le vendrá á hacer compañía.

Nadie le dice una palabra: ni quién se vá atrever. Los superiores se hacen los desentendidos: á lo más le palmean el hombro y le preguntan por la familia: el cajero ó pagador, de preferencia, larga la mosca, el primerito y de sus compañeros la mayor parte solicitan su intimidad, su afecto, soportando sus burlas pesadas, sus apodos; los más cundas lo convierten en conductor de chismes, le largan por lo bajo insinuaciones que saben ha de agradar á los de arriba: solo uno que otro hombre de juicio lo mira y observa silencioso, moviendo la cabeza y diciendo para sus adentros: ¡qué país!

Pepito concurre á la oficina porque le da la gana: no falta alguno que le dice: para que viene U.; por qué no hace U. que le lleven su sueldo á su casa; U. quiere que se lo lleve? es una candidez que U. trabaje.

Pero Pepito va á la oficina como puede ir á un club de tertulia á matar el tiempo, á romper plumas, á pintargarabatos, á pasarla repantigado en su sillón con los pies á la americana sobre la mesa ó la carpeta, fumando buen habano (el único que se permite esa mamada) haciendo bolitas de papel y arrojándolas á la cabeza del más pobre, del que trabaja más, del infeliz macho de carga que, sin apoyo, gana el pan remando como un peón, del

único que llega siempre el primero y sale el último, de aquel mismo que desempeña las tareas de Pepito, á título de pobre.

Hablando de muchachas, escribiendo cartas de amor, haciendo rifas ó cambalaches.

Acomodándose la corbata, rizándose el cabello, mostrando el prendedor, la cadena recién comprada.

Su sastre H.! su zapatero Z.!

Jugando la cerveza, el bitter, la comida: siempre con la bolsa repleta é importándole poco el Mundo y sus alrededores.

—“Yo sé que no me han de votar”.

“A qué á mi no me votan”.

“Yo quisiera que se metan conmigo”.

Tales son sus frases corrientes.

Cree á pie juntillas que esta Patria no es Patria, como que ig-ra lo que es esto, sino algo así como una hacienda de los que es-tan arriba; que él es tan patron como sus parientes y que hasta el día del juicio final deben producir las aduanas para que se las suervan él y los suyos como dueños legítimos del fundo y de la peonada.

Los cholos de la sierra, dice por los pueblos del interior y á modo de los dependientes de comercio agrega: vamos á hacer ó vamos á tornar, y para todo saca á sus tíos ó al compadre de su mamá, ignorando que él, sus tíos, su padre, su mama, su abuela y toda su récua, son una partida de gandules, de esos que á ma-nera de palizadas traen las cenagozas avenidas políticas.

La fondita criolla

No puede ser espaciosa: para ser criolla tiene que ser estrecha. Una ó dos habitaciones, hasta cuatro; pero de las cuatro no se puede hacer una; la cocina, lo más inmediata posible á las habi-taciones del despacho, de manera que los comensales puedan oír el chirrido de las fritangas y aún atorarse con el humo. A la en-trada y sobre un mostradorcito ridículo: el dulce, á disposición de las moscas y de las hormigas; una ó dos manos de plátanos verdes ó machucados y el pan, que á la pasada manosea la clien-tela escogiéndolo. Tras el mostrador, la patrona ó patrón, como una mecha. Mesas desiguales y colocadas sin orden en cada una de las salitas; oscuras éstas como si fueran calabozos; cerca de cada mesa alguna banca sin respaldo, silletas desfondadas y de todas las formas y calidades; sobre la mesa un mantel jaspeado de blanco, plomo, chocolate, yema de huevo y concho de vino; man-tel que deja ver los filos ó parte de la mesa mugrienta; sobre el mantel la alcuza coja, con sus vasijas rotas y semi-vacías; cerca

de la alcuza la jarrita *carpisch* sin agua y el platito de ají amarillo: un cholito en mangas de camisa ó un mozo petacón ó una mujer descuajeringada prontos para el servicio; muchas migajas, y muchas manchas frescas de agua ó de vino en el mantel, y en una tirilla de papel manuscrita la lista del almuerzo:

Almuerzo

Sancochado
Carne con chiche
Locro
Bisteques
Plátanos
Té, café y dulce.

Comida

Sopa
Frejolitos con carne
Carne asada
Papas rellenas
Dulce, café y té.



A la fondita criolla penetran los parroquianos como las gallinas al nido, cuando ya ha caído la tarde y apenas pueden ver, toman posesión de su asiento y comienzan á exigir:

—La lista: en dónde está la lista? oiga Ud., ña Fulana, qué hay? pero qué se ha hecho la lista? por fin, ¿qué hay que comer? venga aunque sea un pan, ¿no hay pan? ¿dónde está el pan? ¿qué es del pan? oye, Fulgencio, trae pan.

El sirviente al oír llamarse Fulgencio, frunce el ceño, refunfuña y de mala gana alcanza un cubierto y en la punta del trinche un pan.

—Pero qué es de la lista, dónde está la lista, hay ó no lista?

El parroquiano sigue pidiendo la lista y engullendo el pan.

—Pero, hombre, por Dios, dáme la lista.

El sirviente pasa y repasa y vuelve á pasar y repasar hasta que el parroquiano lo jala de los calzones, repitiendo con voz de trueno:

—Tráes ó nó la lista.

Vuelve á refunfuñar Fulgencio y por fin alcanza la lista.

El parroquiano la recorre ligeramente y dice:

—Traeme carne con chiche.

—Se acabó.

—Pues trae carne sola.

—No sale.

—Trae entonces bisté.

—Ya no hay bisté.

—Trae lo que te dé la gana.

Le trae loco.

—No hay un poco de arroz?

—Por qué no *pedes poes* de *ona* vez.

El sirviente se lleva el loco y trae arroz solo.

—Y el loco?

—¡Otra vuelta el loco! ¡el loco!

El sirviente trata de llevarse el arroz.

—Suelta, bestia, dice el parroquiano molesto.

—Más bestia serás poes.

—¿Dónde está el loco?

El sirviente se hace el sordo y continúa su camino.

El parroquiano vuelve á jalarlo de los calzones y á decirle como si fuera sordo:

—¡Traeme el loooocro!

—¡Otra vuelta el loco!

—¡Un loco con arroz! grita á la puerta de la cocina.

—No con arroz, animal, le dice el parroquiano.

—¡Arroz solo! grita el sirviente.

—¡Qué bellaco! ¿No ves que aquí tengo el arroz? vuelve á decir el parroquiano, inter el cocinero, que corre parejas con el sirviente, despacha otro arroz solo, y el parroquiano se ve con dos platos de arroz por delante, cuando menos lo piensa, y tiene que levantarse, que ir á la cocina, que pedir lo que quiere y que rogar para que lo despachen.

Por fin almuerzo mal, le sirven el té frío y llega el momento de pagar.

—Que vengan á cobrar. Quién cobra? Vamos á ver si cobran aquí.

Al fin, se aproxima la patrona y comienza por la separación de platos, los de á real á un lado y los de á medio á otro; de paso agrega dos ó tres platos del vecino y con este motivo equivoca la cuenta y la tiene que rectificar dos y tres veces con ayuda del parroquiano, concluyendo con la acostumbrada pregunta.

—Cuántos panes tomaste?

—Uno.

—Pues son real y medio y dos centavos.

El parroquiano saca un sol y entra la milésima espera.

—A qué horas traen ese vuelto? qué es de mi vuelto? dónde está el vuelto?

El sirviente que no sabe distinguir á los que entran de los que salen, le alcanza otro cubierto con el consabido pan en el trinche, ó le vuelve á traer el loco.

—Pero, cangrejo, si ya yo he comido y lo que estoy esperando es mi vuelto.

Por fin regresa la patrona y afloja la carga de centavos.

El parroquiano ni los cuenta, como qué llegó á las doce, y en la Catedral están dando las gordas para las tres.

—Qué valor! exclama renegando del servicio y al volver la cabeza ve que todos le hacen una guiñada de cólera, porque el que ha conseguido que le traigan pan está peleando por el loco duplicado ó por el arroz sin loco ó pidiendo azúcar para el té ó gritando:

—Qué es de ese plátano?

O diciendo:—yo no he pedido dulce; ó porfiando: que me den otro pan, sin conseguir ni pan, ni loco, ni arroz solo, porque se acabó todo, y después de media hora perdida para devorar el primer pan, tiene que levantarse diciendo:—¡Vaya con la fonda del Diablo!

Y la gente llueve, sin embargo, aunque ya saben todos que hay que comer mugriento y que aguardar tres horas.

Entre tanto en la fonda vecina, un solo chino sirve á doscientos parroquianos; y desde una cuadra de distancia se oye su grito de corrido como si pidieran para un solo consumidor.

—Aló solo, cane con aló, cane sola, bité palilla, palilla con aló, dulce lequesón, má palilla con aló, sin aló, otlo palilla !!!

Y se ve jubileo de gente que entra y sale como si no se sentara, despachados á la minuta. Gato, perro, rata, lo que hay; pero á modo de bicicleta y andan los vueltos como en banco y se ponen y quitan los platos como manejados por prestidijitador: la lista, el pan, el té, todo se presenta como movido por resorte.

El chino establece su fonda con el propósito único de hacer plata y largarse á Cantón y no desperdicia un segundo; sabe que en servir bien está atraer más parroquianos y hace cuanto puede por congraciarlos; el hijo del país se ha metido á fondero, porque no ha podido meterse de empleado; pero pensando dejar la fonda á cada rato: cree que no tiene por qué molestarse y que si bien, bien

y sinó, que lo dejen; se contenta con ganar como para pasar el día y hace hábito de su calma y de la de todos los que le rodean. No calcula si aumenta ó disminuye la clientela: lo mismo que cocinó el primer día en que abrió la fondita, cocina el último, en que la cierra: si se rompe un plato, roto se queda; si se despostilla una jarra así la deja; los manteles húmedos se secan de por sí, y se asean las mesas con el pañuelo de los parroquianos.

Ya se ve; los clientes suelen ser también como para la fonda: reniegan por costumbre, pero regresan por costumbre, se amoldan á la haraganería de los dueños y no es extraño ver, mientras el calmoso sirviente atiende como le da la gana, al parroquiano conversando con la patrona de política y comiendo dos locros solos, ó tres locros, ó solo loco, porque así se le antojó al criado; otras veces se llena de pan y se contenta con un poco de caldo.

Somos una partida de haraganes: parece que hubiéramos nacido para vivir acurrucados, con los *cucuches* pegados á las costillas, envueltos en *chillines* y con el *chacle* entre las rodillas, como momias.

Mariquita sin sangre

Con el sombrerito de paja en la coronilla, á moda de diadema mal puesta; los puños y cuellos exajeradamente estirados; la corbata chillona; la chaquetita muy ceñida; los pantalones ajustados; el bastoncito de junco; la florecita en el ojal, el pañuelo saliendo de la faltriquera del pecho; lleno de dengues y de miradas entornadas; la voz enflautada; el peinado de raya al medio, aceitado, engomado, almidonado, oliendo á pachulí, ¡gua! que lisura; guiñando á los jovencitos simpáticos; haciendo fieros á las mujeres; la cinturita ajustada, la cabeza á un lado como para tocar violín y el pasito menudo; con el zapatito de rostro bajo y los tacones de perilla, ¡gua! Mocetón barbipampiño, mofetudo, echo un elegante chillón, tal es el mequetrefe, que vive á costillas de la mama ó de los cuerdas de su barrio.

Se llama Pedrito ó Josecito, ó algo en diminutivo, y forma un gremio especial, con costumbres tambien especiales, dignas del estudio de un Zola criollo.

Las Mariquitas sin sangre son esos cuchufletas, que parecen descendencia de físicos: afeminados en la forma: amigos de la elegancia, con menoscabo del estómago; calillitas de gente que sólo piensan en la tela y el bastoncito; que parecen señori-

tas con pantalones; que hacen la competencia á sus hermanas en olores y aceites y que á lado de un gringo maciso y de trabajo parecen cucarachas con tonguito.

Para hacer que desaparezcan estos fetos ambulantes, no hay otro medio que prohibir las mazamorrás, la leche vinagre y toda



aquella pastelería que se embaulan los niños desde que el Sol nace hasta que llega la hora de los rosquetitos de á veinte.

Churrascos, buena carne, nutrición sólida, ejercicio frecuente y buena higiene.

Así tendremos gente de ñeque, hombres fuertes y mujeres robustas: no pigricias que da grima ver por esas calles como convalecientes de hospitales.

Los mariquitas beatos son la especialidad en la cría.

El maricon beato es de buena familia y ha sido criado por la abuelita ó por las tías, algunas mujeres de iglesia, que á título de que el niño era débil, lo mantuvieron como don Bracamonte á su

lora; con mazamorra, y fué creciendo, imbecilizándose poco á poco y poniéndose cándido de remate.

Para las beatas el maricón de esta naturaleza es un alhaja, porque prohibidas como se consideran de tratar con los hombres, se desquitan jugando ó bufoneando con el maricón.

A título de que no parece hombre, le aceptan en sus reuniones, cosen á lado suyo, le encomiendan sus compras, se hacen llevar por él la alfombrita ó el libro de misa y tienen unas confianzas que á veces hace decir á las viejas marrulleras:—Niña, no te juegues tanto con Clavelito.

Este maricón siempre tiene nombre de flores: Diamelita, Clavelito, Jazmín.

—Que importa! contesta la beatita jóven y hace cosquillas al maricón, le jala el chaquecito le ata su correa al cuello y á veces lo peina y lo perfuma.

Con él va á misa, y á las distribuciones religiosas, se arrodi-lla á su lado, hace que le haga coro y le sirve para enviar adornos á los altares ó recaditos al padre confesor.

Como Pedro entre ellas, suele estar este maricón entre las niñas tomándose libertades que no serían dables á hombre alguno.

¡Ay! qué gracia!

Lo miman, lo compadecen, lo acarician, se lo disputan las beatitas.

¡Qué bueno es!

Como se presta á servir las, á hacerles sus mandados, á acompañarlas de arriba abajo.

¡Pobrecito!

Y Mariquita que tiene siempre algo de bellaco, se deja tratar á cuerpo de rey; le dan los bocaditos, lo tutean, le bordan los pañuelos, hacen que se quite el chaqué para probarle los monillos, le ponen cola: es como un muñeco de carne y hueso con el que tienen sus confidencias y sus intimidades; si alguien dijera una lisura á un maricón de estos, lo arañarían sus amigas, ¡guá! á Diamelita?

No dejan que lo trate mal nadie; lo tienen bajo su salvaguardia.

Tiene carta blanca para entrar á los dormitorios; puede abrochar el corsé de la señorita; abotonar las botas y registrar cómodas y ropero; es una amiga íntima.

Cuando come, cuando se viste, cuando habla, anda ó se sienta, todo en él es relamido, estudiado, hecho con disfuerzo.

Parece un hombre de cristal ó de flecos: el viento, la luz, el ruido le molestan.

Sus manos son pequeñas y su cutis suave; sus ojos tienen la sombra de los de las mujeres hermosas: sólo le faltan trenzas.

Le gusta lo chillón, lo que deslumbra, lo que puede llamar la atención: quisiera que sus levitas fueran de terciopelo y sus pantalones de seda: tiene predilección por los pañuelos y los dijes.

La familia que cuenta una Mariquita en casa, no se avergüenza de presentarlo entre la gente: cree gracia fomentar sus adefecios y á título de compasión, alimenta semejante ignominia

Mudanzas de domicilio

No ha cambiado usted de domicilio? Pues, no sabe lo que escajeta.

Para mudarse, hay que desplegar en guerrilla á toda la parentela, desde la suegra hasta los amigos, pues como aquí casi no se usa anunciar en la sección de avisos de los periódicos los domicilios que se alquilan, porque el aviso es caro y porque son pocos los que leen periódicos, sale á corretear por esas calles toda la familia en dispersión, como gente que ha perdido algo, para leer los papeles que es costumbre fijar en las puertas de calle: "Se alquila," con el aditamento: "*en los quintos apurados darán razón*"

Y van y vienen los de casa, regresando fatigados y molidos á repantigarse en el primer asiento que hallan, con la frase sacramental: ¡no hay casa! es decir alojamiento cómodo y económico. La que no es húmeda, es oscura; la que no, incómoda, ó todo junto.

Los amigos, en vano cantaletean: "he visto una en tal parte" pues, cuando U. va á verla responden: "ya está tomada".

Hay que seguir peregrinando hasta que por fin la señora suegra trae la buena nueva de haber pedido las llaves de alguna, aunque con las advertencias siguientes: que el pago sea adelantado; que no sea usted empleado público, á los empleados públicos les tienen los propietarios más miedo que á la fiebre amarilla; y que antes de mudarse hay que pagar el gas y el agua que el otro inquilino fue debiendo. Iten más, tiene U. que poner varias lluzas, que arreglar unos picaportes, que colocar algunas chapas, que hacer componer el desagüe y reparar el empapelado, menudencias en que no quiere meterse el dueño; amén de que hay que hacer una barredera como para limpiar los alrededores del camal, pues el inquilino anterior parece que fué coleccionista de latas viejas, pedazos de botellas, trapos y porquerías de todo género.

Se halló casa, viene la segunda parte. La papeleta del S. Comisario. "Espere U., regrese U., no tardará en venir," y hay que ir y venir como cerrojo, hasta que al fin llega el señor Comisario y da, previo abono de dos reales, la papeleta de mudanza.

A buscar carreta.

Esta operación es como la de buscar casa.

Durmiendo sobre un jergón está, o bocabajo, el carretero, descansando en la plazuela. Sus mulas cabecean junto con él, lo despierte U. le habla, le propone el negocio, él oye perezosamente y por fin se llega al precio: pide y U. rebaja, pues, ó se vuelve del otro lado; ó se molesta, como si le hubiera U. dicho alguna injuria: la regla de los trabajadores es ganar mucho y tener que hacer lo menos posible.

Lo que U. hace con uno, hace el resto de la familia con otros, hasta que al fin contrata U. por un lado, y la suegra y la mujer contratan por otro.

Resultado, una bulla de carretas á la puerta.

Pleito entre U., la suegra, la mujer y los carreteros, que á veces suele parar en cuestión de comisaría.

—Me ha perjudicado U. (Un carretero.)

—¿Quién te mete á tí á contratar? [Su mujer de U.]

—Sí, pues, á UU. los hombres los engañan. [La suegra.]

—¿Qué es eso de engañan? (Otro carretero)

—Por supuesto. [La mujer.]

—Acabemos..... [U.]

—Qué acabemos ni qué jarana [otro carretero], no me muevo sino me pagan mi trabajo: tenía otra mudanza.

Usted paga, los carreteros refunfunan; entre tanto se ha hecho tarde y los que quedan comienzan á esas horas la faena. Y la suegra en fustanes, y la señora idem, y los muchachos como buscapiques, por entre los carreteros y muebles, desarman catres, bajan cuadros y revuelven canastas. U. en medio del campo de batalla, gritando y ayudando, sin poder remediar los doscientos trastrueques del desarreglo de la casa.

—Cuidado que me rompan mi San Antonio! [la suegra.]

—Madre mía y Señora del Cármen! [la mujer], besando un cuadro que con el santo ponen los carreteros en montón con los almanaques, como si la advertencia fuera hecha á la pared.

¡Trac! se le rompió una pata á la mésa del comedor.

¡Ras! un pedazo de alfombra que no estuvo bien desclavada.

¡Tililín! las copitas y la licorera de lujo en mil pedazos.

—Cuidado con la urnita del Niño! dice la señora ¡tan lindo! [Y el Niño, la urnita, el San Antonio y los almanaques, todo va al montón.]

—Mucho cuidado con ese aparador.

—No me desarmen el maquero.

Los carreteros no oyen, y amontonan y jalan, y acomodan, y amarran como les da la gana.

Y parte una carreta, y sigue la fatiga, y se termina con lo de las señoras, y comienza el arreo de la cocina y el carguío de los muebles de los sirvientes.

Por fin, sale al escape la última carretada y preocupados como han estado todos por el mejor arreglo, resulta que el traje de la

suegra y el de la señora han ido entre la canasta de ropa sucia y el tarro de usted con los útiles de cocina, y la leva con la ropa del ama seca.

Entre tanto, han olvidado los carreteros las tapas de las ollas y el jergón en que duerme el perro.

—Y mi bateíta, dice la señora.

—Y las escobas, repite la muchacha.

—Y mis gatos, agrega la suegra.

—Y las escupideras.

—Y el cajón de basura.

—Y la cama del cholo.

—Las perillas.

—Las alcayatas.

—La escalerita.

—Un rollo de petate.

—El atadico.

—Hasta mi lora! exclama la suegra al oirla decir: “daca la pata”.

Lo mejor es que están encendiendo los faroles y la noche se viene. No hay más remedio que mandar por cuatro ó seis coches y allí entran suegra, mujer, lora, sirvientes, bateas, gatos, etc. y arrea como cortejo de entierro, en mangas de camisa y sin fustanes, como unos derrotados, á la calle de Siete Geringas, desde la de los Siete Pecados, á las siete de la noche: de siete á siete.

En casa los carreteros han colocado las cosas como les ha dado la gana y se han largado; la cama de la suegra donde debería estar la de la señora, y la de usted en el último cuarto, y sobre ella, como de propósito, todas las canastas habidas y por haber, con item el maquero y los atados grandes y chicos.—Y no se puede encender el gas: el medidor está descompuesto, y ande usted á tientas buscando candeleros y, pún, contra una cómoda y ¡ay! como me hubiera pisado un burro.

—María!

—Juana!

—Señorita!

—Señor?

—Chepa?

—Chabela?

—Dónde estás?

—Aquí.

—Pero dónde demonios hay una vela?

—Deme usted, yo la iré á comprar.

—Pero si no sé dónde he dejado los bolsillos.

Y usted rabia, y los criados ríen, y la suegra maldice, y por fin se deja usted caer sobre el primer bulto que encuentra y resulta ser el costal de gatos, ¡ñau!

¡Legión de diablos! Todos los muchachos se espantan y el de pechos se desgañita, la vela no parece y en vano la señora, regando, repite:

A la ró la rito,
á la-ró la-ró
duérmete, niñito,
no me amueles, nó

—Dámelo, dice la suegra.

—Tráigalo usted, repite el ama.

—No, no, mejor que lo tenga su padre, y, sin darle á usted tiempo para echar á otro la pelota, le largan á usted la criatura, que en dos papazos lo deja chorreando de barriga á rodillas y lo pone como un Cirineo.

¡Hágase la voluntad de Dios!

Al fin llega una vela y no queda otra cosa que hacer que acostarse sobre las alfombras, porque todos exclaman:

—Yo no estoy para desatar colchones!

—Ni yo tampoco, dice usted, que á la verdad no está más que para rabiar.

No están para desatar colchones, pero todavía se le antoja á esas horas á la suegra buscar el San Antonio; y á la señora, la cajita de polvos, y al ir á mover unos cajones se le viene á usted todo el aparador encima.

Era lo último.

¡La mudanza de domicilio!

Casas de juego

Las casas de juego pueden clasificarse en tres clases: de primera, de segunda y de tercera clase.

El local y la calidad de la gente que concurre á ellas determinan esa categoría.

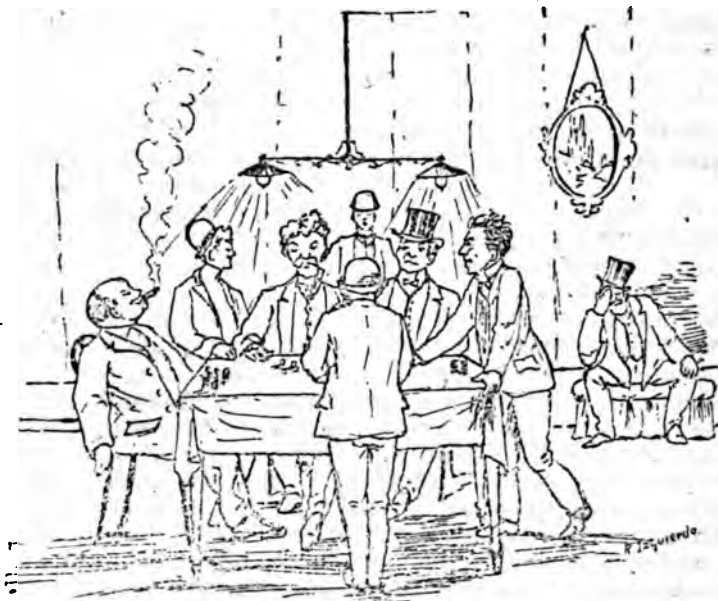
En un principal desocupado, que no tenga *registro*, á cuyos altos, si los tiene, se entre por la calle, es donde se instala una casa de juego de primera. La puerta de calle desde las ocho de la noche se cierra y sólo el postigo queda abierto.

El transeunte así vé un patio desierto, medianamente alumbrado y entrando ó saliendo prójimos silenciosos, como si fueran conjurados.

Si la curiosidad le hace penetrar, puede estar seguro de que en la sala tampoco halla más gente que en el patio: su aspecto desmentelado nada dice, pero desde allí se percibe el rumor sordo de multitud disputadora.

En la segunda ó tercera habitación se encuentra el cuadro: allí al rededor del verde tapete, con la mirada fija, las orejas encendidas y la mano en los soles, están los jugadores echando á rodar los tordillos con reprimida ansiedad: unos con el sombrero hasta las cejas; otros con los tarros echados atras, la frente pálida y el cabello en desórden: son los decentes, los viejos de leva que han dejado sin diario á la familia; ó los jóvenes calaveras que aparentando una posición cómoda, no tienen más ocupación que dormir hasta tarde, matar el día en cualquier parte y rebuscarse con la pinta.

Aquí se fuma puros; y blancas y amarillas, como grupos de estrellas, ruedan sobre la mesa.



Nadie perturba la maldita reunión de recíprocos descamisadores.

En estas casas se vé gentes que uno jamás pudo imaginar fueran timbirimberos.

¡Con razón, se dice entónces, este mocito gasta prosa y aquel caballero jamás para en su casa! Se viene á comprender la clave de la desgracia de infinitos hogares y se exclama con pena. Qué Patria van á tener estos aventureros!

Las casas de segunda, tienen apariencia de billarcitos ó de despachos de licor: en la primera habitación, que dá á la calle, se vé el despacho público de copitas y gentes honradas que entran y salen, ignorando lo que puede haber dentro.

Empujando la mamparita de derecha ó izquierda, y observando, se vé una habitación depósito en la que hay cajones vacíos, rimeros de botellas y objetos de uso como en rincón de la casa de un honrado industrial; pero avanzando hácia al fondo y abriendo otra mamparita ó yendo por la calle del costado del billarcito y penetrando por una portezuela, se encuentra el cuadro: allí no se juntan gentes que únicamente tienen el vicio de jugar: allí hay fachas que trascienden á penitenciaría: todos los que mangonean de cualquier modo; los rateritos; los vagos; los rufianes concurren á esta segunda clase de casas.

Al acercarse á la mesa de juego hay que abrocharse la levita: todos los que están retratados en la Intendencia son parroquianos de estas casas.

Las de tercer categoría son tienduchas, chiribitiles de dos habitaciones; se les cree por fuera chicherías ó tiendas de venta al por menor: una mamparita mugrienta ó un telar á dos pasos de la puerta sirve de pantalla al cuadro: la habitación es húmeda, sus paredes mugrientas y su cielo razo color tierra, sombríos á causa de la escasa luz que los alumbrá: un viejo reflector dá de lleno su claridad sobre la mesa de la *maraca*, de la *suerte* ó de la *ruleta*; un chino maneja el *cachito* y recoge los centavos y las pesetas de los jugadores, que en viejas bancas se hallan sentados unos, mientras otros alargan la cabeza y estiran las manos sobre sus hombros.

El cuadro es conmovedor: doce, quince MUJERES! zambas negras, cholás, mestizas, muchas *con sus chiquillos* en los brazos tallan y pierden la plata de la cosina, del lavado ó del jornal del hombre; entre mujer y mujer, apachurrado se destaca el busto de multitud de criaturas suerteritos ó mataperros de portada, sin que falte uno que otro blanquito volador de cometa; y junto con éstos se vé al peón, al trabajador al jornalero, *al maestríto*, al sirviente de casa grande, al empleado de taller; en fin, gente de campo y de callejón, con el vestido raído y la cara de hambre; son familias del pueblo que se descamisán rellenando la bolsa de los chinos: unos sobre otros, apiñados, compactos, oliendo á ron y á pucho, hombres, mujeres, y niños; cabezas desgrenañas y cabecitas inocentes de criaturas, que maman mientras la madre apuesta: que lloran mientras vociferan los desbocados jugadores; que miran como absortos esas caras en que se pinta la cólicia, ó que duermen incómodos, absorbiendo la atmósfera pestilente de una cueva.

A donde van estos infelices en altas horas de la noche, después que salen de las casas de juego?

.....



Tanta gente se agolpa en estas casas que casi en peso avanza uno para llegar á la mesa de apuestas.

A veces entra el celador y dice:

—“Chinito, dame un sol.”

El chino dueño del taurer coje sin contar un puñado de cobres y lo alcanza sin siquiera mirar al que lo pide: es una voz que conoce demasiado.

No es solo el celador quien entra

.....
.....
Entra también el Tunante con su sombrero gacho, su saquito que le confunde con el pueblo, y estremeciéndose de espanto exclama ¡y así queremos Patria! y de esta sociedad y de éste régimen se vá á sacar los reevindicadores del territorio nacional y esto constituye la mejor renta del Estado.....

Hay todavía más; estamos apenas en el tercer infierno.

En otras callejuelas hay habitaciones oscuras á la entrada y á pocos pasos de la puerta una cortina asquerosa como estropajo: avanzamos, y á la semi-claridad de pestífero lamparín, en anchas tarimas, están tendidos muchos chinos, echados como bestias, fumando ópio y con ellos mujeres perdidas, *hagres* que también fuman para pasar después, ébrias é insencibles, á ser mercancía asquerosa.....

Allí estan, en habitaciones inmundas, como lagartos revueltos en el fango, esperando la hora del criminal contacto.

Sí, hay que gritarlo fuerte para que nos oigan los que deben, para que no lo ignoren los que parecen ignorarlo ó los que en realidad no lo conocen.

Allí también, con el corazón ajitado por el pavor hemos entrado.

Hay además pueblos del vicio: así llamamos esas inmensas casas, llenas de vericuetos, de cuartuchos como excusados, de habitaciones como camarotes de ponton, lobregas, húmedas é infectas, en cuyos fondos se juntan los rezagos de esa colonia de ñatos macilentos á satisfacer todos los apetitos de su degradada naturaleza; pólilgas horrosas en las que se entra tapándose las narices, viendo á un lado y á otro, tanteando antes de afirmar la pisada, como se pudiera penetrar á una madriguera de serpientes.

Comenzamos nuestra excursión á las siete de la noche; y á la una de la mañana cuando salíamos de la antepenúltima de las casas de juego, Lima dormía como quien durmiera sobre un volcan: el Prefecto casi nos atropella con los arrogantes caballos de su carruaje, volviendo del teatro; el señor Intendente atravesaba por la plaza muy orondo; los comisarios hacían meter al calabozo á algunos borrachitos un inspector tomaba la copita en su casa de cena; y nuestro Ministro de Gobierno terminaba su tertulia con sus colegas de la mayoría de ambas Cámaras.

Plena Gloria.

Los anticuchos

LA ANTICUCHERA

Cerca de las que antiguamente fueron portadas de la ciudad, á la entrada de las alamedas, ó por los alrededores del camal, se coloca la anticuchera, negra ó chola, como si dijéramos la cocinera de un fogón: allí está la zamba cachetona ó la chola descuarjaringada, con el bracerito de mala muerte, la pequeña parrilla, la olla con los trocitos de anticucho y el platito de ají molido; la de choclos sancochados y las cañitas para ensartar de cinco en cinco lo que llaman también bisteck en palito.

La morena, á fuego lento, sin duda, por aquello de que: "el fuego violento—nos arrebató el alma y el pensamiento", va asando los anticuchos á medida que se van presentando los consumidores, porque este es un potaje que se debe comer calientito.

Así se vende al pueblo, que por las tardes va por casualidad á pasear por los alrededores de Lima. Tres palitos por medio y

tres ó cinco centavos cada choco, pues hay que morder choco con cada bocado de anticucho.



COMO SE GUISAN

Supongamos que nos hallamos fuera de Lima y que queremos comer anticuchos á la limeña.

Supongamos para esto que estoy enamorado de la ñata más preciosa de un pueblo; que le hago la rueda, que la familia deja correr la bola y que dos ó tres amiguitas que están en autos, se entienden á las mil maravillas para favorecer el incendio.

Supongamós que en los alrededores hay más de un lugar pintoresco y ameno; alguna fuente rodeada de frondosos saucos ó coposos alisos; una quebradita; una pampa; algún río pequeño ó chacritas de maiz, con sus casuchas de campo; en fin, un paisaje, como para jugar á los escondidos; es decir, como para que el papá, la mamá, y los amigos viejos se sienten cansados cerca de la fuente cristalina, de esa por la que pueda yo decir con Gil Polo á mi ñata:

“Si el agua te es placentera
Hay allí fuente tan bella,
Que para ser la primera
Entre todas, sólo espera
Que tu te laves en ella”.

Con que, los padres y los macucos sentados cerca de la fuente, acordándose de sus tiempos; mientras las amiguitas, los amiguitos y la ñata nos esparramamos cuesta arriba ó bajada abajo, cogiendo flores, raumando palitos ó *schingando* cañas: unos entre los chilcos, ó debajo de los schiraques, rezando, para santificar el paseo, el credo cimarrón; quizá recibiendo á hurtadillas uno de aquellos besos que tocan á vísperas.

Supongamos que días antes he dicho á las niñas: sería conveniente que tomemos unos anticuchos á la limeña.

—Sí, sí, responden de seguro las amiguitas.

—Aceptado, agrega algún amigo.

—Si la señora permite..... repito, dirigiéndome á la mamá.

—Porqué nó?

—Y si la señorita me quisiera ayudar á guisarlos..... continúo dirigiéndome á la ñata.

—Aunque soy tan sin gracia.....

—Yo te ayudaré, interrumpe alguna amiguita, (siempre las amiguitas ayudan).

—Y yo también dice, otra.

—¿Qué se necesita para eso? interroga el papá.

—Poca cosa, contesta el director de la batuta: cuántos somos? uno, dos, tres..... quince personas: pues más ó menos cuatro corazones de puerco, un corazón para cada cuatro personas, se necesita además quince choclos.

—¿Qué más? dice el papá.

—Si el paseo ha de ser mañana, los corazones se deben comprar hoy.

Supongamos que están comprados, que los hemos comprado ayer y que esta tarde es el paseo ¿qué hay que hacer?

—Poca cosa: que me traigan una olla de barro.

—Aquí está.

—Un poco de vinagre, ajo, pimienta, comino, ají amarillo, sal por supuesto, todo molido y separado. El ají en cantidad regular.

—De todo hay.

—Que me place, pues que vengan los corazones y la olla bien limpia, córtenlos á trocitos, ni tan pequeños ni tan grandes, y deposítenlos en ella.

—Ya está.

—Perfectamente, ahora rocío con bastante vinagre todos los pedacitos en la olla, les echo un poco de ajo, les espolvoro con pimienta y más que pimienta comino, calculo la sal y, cálculo también el ají; no deben tener sino una puntita; lo revuelvo bien con una *guischilla* (cucharón de madera) veo que estén jugosos, si no lo están les echo una copa de vino seco, pruebo el vinagre, la sal y el ají: que no piquen mucho, que no estén salados, ni en ácido fuerte: todo como para el paladar de la ñata, que es aquí la primera parte de la oración; tapo la olla y pido unas cañas, (carrizos) las rajo, saco mi cuchilla y labro unos palitos bien puntiagudos por un lado, y que tengan de largo algo más de una cuarta; preparo treinta ó cuarenta palitos, hago en seguida que alisten un braceró con carbón de madera y una parrilla; después en un gran plato ordeno que coloquen una libra de manteca y en otro bastante ají molido; item mas, pido una buena pluma de gallina.

Cuando llega la hora del paseo partimos con esta repucheta, llevando por supuesto la buena garrafa de holán de hilo (aguardiente) y un par de docenas de botellas de vino; si hay entre los amigos alguno que toque la vihuela mejor; no será malo cantar la palomita bajo los saucos, con la ñata, y si la cosa pinta se puede también largar entre los mozos una marinera por todo lo alto y echar un cachete en la pampita ó un tondero de esos del Norte que son los famosos: vgr.

Dos palomitas se fueron
se fueron á beber agua,
y la paloma decía:
palomo, tiéndeme el ala.

Así es mi amor,
así ha de ser
y siempre tu serás
mi mujer.
Y siempre tu marido
he de ser.

Si la cosa viene romántica, yaraví:

Supuesto que ya me voy
despedirme de tí quiero,
pero voy con la esperanza
de volver si no me muero.

¡Ay! mi paloma
mi palomita:
á mi nadie me la quita
á mi amante
palomita;
á mi amante
tortolita;
á mi amante.....
fulanita.

Con que, suponemos que vamos á comer los anticuchos.

Los choclos están listos, pues, destapo la olla y ensarto en cada palito cinco pedazos de corazón, les paso un poco de manteca y los coloco sobre la parrilla, dándoles vuelta hasta que los vea bien cocidos; una vez así, cojo la pluma de gallina y con ella les unto aij, poco ó mucho, á gusto del que los va á tomar calientitos y

Cada dos anticuchos,
como soy fino,
ñata del alma mía,
que venga el vino.

fuego.

Considera alma en esta solemne estación, en que alegres todos y encamotados los más, vamos á rematar en casa al caer de la tarde, ya medio oscurito: los viejos por delante y los mozos á retaguardia, cada oveja con su pareja, yo con mi ñata, soltándole unas cortas y otras largas, todas reducidas á probarle que es la niña de mis ojos, cantando el pasa-calle aquel:

Tienes una boquita
tan colorada,
que se parece al dentro
de una granada.

Tienes una garganta
tan pura y bella,
que hasta el agua que tomas
se ve por ella.

Lima en día de bolina

¡“Revolución” !!La palabra sacramental. Cuando menos se espera y cuando menos se piensa: siérranse las puertas como tocadas de un resorte, echan á correr los transeuntes pacíficos: los niños al escape, los viejos pegando tropezones, las señoras sin acordarse de que los perifollos se les van agitando como las aletas de los pescados ó los flecos de los pandorgos, los delgados como galgos y los panzones ¡ay! para los panzones se hicieron los apuros, lo mismo que para los paturrangos.

- ¡Corre!
- ¡Por aquí!
- ¡Jesús!
- ¡Qué hay?
- ¡Virgen Purísima!
- ¡Madre mía y Señora del Carmen!
- ¡Revolución!
- ¡Pun!
- ¡Blum!
- ¡Cochero!

Y unos para arriba y otros para abajo, esta soltando los atados, aquel por media calle y tarro en mano, leva al ayre y

pies para que os quiero: los coches al escape, los látigos de los cocheros traqueteando ¡Jesús qué confusión!



Este es el prólogo.

Pasa el primer momento, los abstencionistas, único partido real y verdadero en el país, se han puesto á buen recaudo: Lima queda desierto, y aquí á una le dan gotas de agua florida; á otra traguitos de aguardiente, á quien, frotaciones de árnica ó sendos vasos de agua.

Recogida la parte inofensiva, échanse á la calle las siguientes categorías de prógimos: los curiosos, esos que no pueden más con su génio y que todo lo quieren olfatear; los que se la dan de guapos y de que no le tienen miedo á nada, temerarios de boca, que con sonrisita de cui ocultan el tiritar del corazón; los devotos, aquellos á los que les va en el asunto, que se dividen en dos clases: unos capaces de tomar parte activa en la acción y resueltos á rifar el; todo porel todo, ciegos, apasionados, vehementes y otros, *soto roche*, empujadores, amigos de instigar á la descuidada; finalmente, se lanza á la calle una multitud de hombres extraños; de esos que jamás se acuerda uno de haberlos visto, ó que no sabe donde los vió, aspectos misteriosos, de mirada siniestra, lábios no desplegados, gentes silenciosas, que aquí, allá, acullá, pasan como si fueran de otra parte, que nada dicen, con nadie hablan, andan como perros sin dueño, deteniéndose breve instante como para coger una palabra, para oír una conversación: solo en el carnaval se recuerda haber visto unas caras como las de estos

hombres, que nadie sabe lo que quieren y son los únicos que no tienen miedo ni se alteran sea cual sea el lance con que topen. No se sabe por qué los demás los miran con recelo, los contemplan de arriba abajo, sin que se den ello por notificados, mirando de soslayo se hacen á un lado cuando pasa la autoridad, parecen ciudadanos inofensivos, gente humilde, que aprovechara del desorden para salir á conocer la plaza; y así como los zabuesos levantan las narices para olfatear al gamo y despues las pegan á tierra para buscar el rastro, estos misteriosos espectadores se detienen de vez en cuando, se ponen de puntillas, alargan el pescuezo, lanzan una mirada por lo alto y en seguida vuelven los ojos al suelo para continuar su camino: son los *turistas* del delito.

Los curiosos de buena ley se agrupan cerca de las puertas de escape, no avanzan por nada de esta vida más allá de un almacén á medio abrir ó de un postigo de casa conocida; los empujadores revolotean instigando á los apasionados; éstos avanzan con insolencia, gesticulan fuerte y lanzan apóstrofes rotundos, tocan de vez en cuando su *quichpun* y lo acarician con rabia; los transeuntes siniestros, extraños al parecer á la bolina, pasan como fantasmas silenciosos; y por entre el hormigüear de semejante multitud, bajo las piernas de la gente mayúscula, una infinidad de muchachos corre jugando y haciendo rueda en torno del que habla con calor, del que disputa ó del que comenta, formando escolta al celador, al oficial, al comisario, al vendedor de boletines, al herido que conducen en su camilla ó al muerto que largo á largo está tendido aguardando la parihuela. Vanamente los corretea la policía y los desparpaja cien veces, otras tantas vuelven á reunirse y á silvar y á formar barullo: es la *clac* del suceso: si uno silva, todos hacen lo mismo; si uno grita muera, muera repiten todos; si alguien dice viva, viva repiten los muchachos, y se escurren y se escabullen y no hay sitio donde no estén: jugando, riendo, llevando palitos que hacen sonar como matracas ó piedras que entrechocan imitando el ruido de las castañuelas. Si carga la fuerza pública, el avispero de granujas zafa como parvada de palomas, echando al suelo á más de un valiente espectador ó se aparraga y entre las patas de las bestias, quite aquí, quite allá, se escabullen como conejos.

¡Qué de bolas! las que circulan.

—Que ya vienen los chalacos hechos una legión de diablos.

—Que ya mataron á Fulano. Yo lo ví, la bala le entró por los talones y le salió un poco más arriba del ojo derecho.

—Ya pusieron preso á Mengano, á su mujer, á sus hijos y á las mujeres de sus hijos:

—He visto al cuerpo diplomático, por más señas que el Ministro chino empuñó del pescuezo al Intendente y le dijo: ¡con qué tú eres el Intendente!

—El cerro de San Cristóbal va á estallar: estaba cargado con dinamita desde la época de los chilenos.

—Se acaba de descubrir que toda la cañería del gas estaba cargada con no sé qué sustancia, para hacer volar á medio Lima.

Otros afirman que Bismarck le ha echado un puje al Ministro de Relaciones Exteriores; otros que el Papa ha excomulgado por cable á todos los que no fundan al Gobierno; estos que se va á salir el Amazonas; aquellos que el volcán de Arequipa acaba de notificar á los habitantes del Sur que se arrepientan de sus culpas; quienes que se acerca el juicio final y que acaban de ver al ángel exterminador tomando chicha en la portada del Callao y que decía: ahora verán lo que es cajeta.

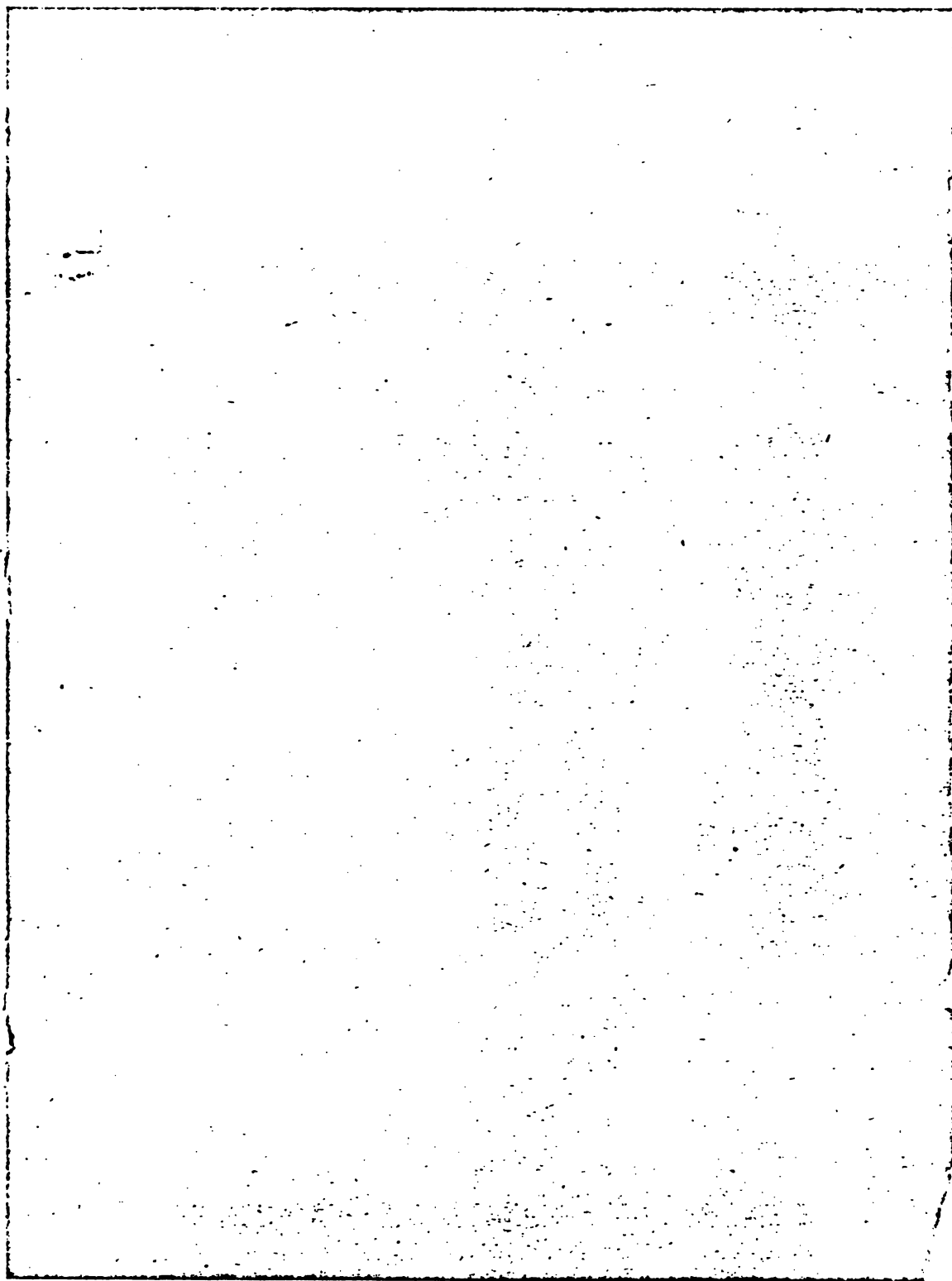
Y la cosa sigue y toma cuerpo y comienzan las caras largas.

Y sables por aquí y patrullas por acullá, y balazos por todas partes se pasa el día, llega la noche y Lima parece una ciudad de muertos: óyense solo por sus calles cascós de caballada, el pesado rodar pe alguna carreta y una que otra pisada de acelerado transeunte que no vé la hora de llegar á su casa.

De puertas adentro casi no hay uno que no hable pestes del Gobierno y todos dicen "bien hecho"; y todos, cristianamente se desvisten, y diciendo: gracias á Dios y la Madre de Dios que nos ha dejado llegar á esta hora, se meten entre sábanas y roncan á la salud de los mechificados.









Litografía y Tipografía Nacional

DE

PEDRO BERRIO

LIMA * *Plateros de San Agustín 173* * PERU

Contando nuestros talleres con la mejor instalación en Lima de maquinarias modernas para litografía, imprenta, encuadernación, fotograbados, estereotipos, sellos de jebe, etc., etc., hacemos toda clase de trabajos con nitidez á precios sin competencia y con puntualidad.

Establecimiento * Gráfico * de * primer * orden



F 3001 .G3 1907

C.1

Uma :

Stanford University Libraries



3 6105 038 999 137

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
CECIL H. GREEN LIBRARY
STANFORD, CALIFORNIA 94305-600
(415) 723-1493

All books may be recalled after 7 days

DATE DUE

DEC 10 1998 - uc
DEC 10 1998 - uc

